

DON BÁRBARO

CARLOS LUIS FALLAS¹

Gil Tablada "fue baleado mortalmente en la cara después de una corta lucha. En un esfuerzo por ocultar el crimen, Morice colocó una pistola en la mano izquierda de la víctima para que pareciera que se había suicidado. Lo que Morice no sabía era que Tablada no era zurdo, más aún, la pistola no tenía cargador".²

¹ Reproducción digital íntegra en el 30 aniversario de la edición de esta obra por Cuadernos Prometeo n.8, UNA, Heredia 1978, extrañamente desaparecida del concierto literario nacional, aunque fue escrita por el "Benemérito de la Patria" (Asamblea Legislativa, 19-11-1967) Carlos Luis Fallas, simplemente Calufa.

² Mitchell A. Selingson, "El campesino y el capitalismo agrario en Costa Rica" San José 1984, EUCR, p. 138.

PRESENTACIÓN A LA EDICIÓN DIGITAL DE “DON BÁRBARO”

¿Por qué una edición digital? Se preguntará quien lea estas pobres líneas. Y la respuesta cae por su propio peso: Para evitar que se la roben de nuevo y la desaparezcan de la historia de Costa Rica, como ya lograron hacerlo los Morice en la extraviada edición que la UNA hizo (hace 30 años) de este ensayo poético, sociología popular, narración trágica o informe policial frustrado, pues no sé cómo bautizar a una de las mejores obras literarias de CARLOS LUIS FALLAS, a pesar de eso desconocida para la mayor parte de sus lectores, incluyendo afamados críticos y comentaristas suyos que con costo la mencionan, como lo es “Don Bárbaro”. Además, Internet es la nueva expresión de la democracia y de la libertad de pensamiento, ya que los grupos de poder se adueñaron de los principales medios de comunicación o manipulación, que hoy en día son, por desgracia patria, lo mismo.

Calufa, indiscutible líder del Partido Comunista, se esforzó por visitar y escribir sobre uno de los rincones despatrióticamente más olvidados y abandonados de la geografía nacional: La Cruz, frontera norte. Después de todo, ¿a quien le podría interesar a mediados del siglo pasado unas tierras boscosas, con pésimos caminos, donde pocos campesinos analfabetas sobrevivían en una economía básicamente de autoconsumo, comerciando con el sur de Nicaragua los excedentes de su producción? De seguro que a nadie que tuviera que trabajarlas de sol a sol, bañando su frente con el honesto sudor campesino... pero sí a Luis Morice Lara, experto en enriquecerse con el sudor de quien tuviera enfrente y en arrebatarse tierras a los campesinos pobres, siendo su principal deporte botar cercas ajenas para que el ganado de su propiedad se alimentara de las cosechas que nunca había trabajado...

Un triángulo demoníaco ahogaba todos los gritos de justicia que salían de los pulmones agonizantes del campesinado cruceño, y estaba malditamente compuesto por el Alcalde y su policía, el Ministerio de Agricultura con sus no pocos mediocres funcionarios y el Director de Orquesta, Don Luis Morice Lara, que hacía sonar los instrumentos musicales de todas las instituciones estatales en el tono que quisiera y por el tiempo que se le antojara, logrando la música más celestial para sus bolsillos, y más infernal para sus vecinos, sin que las constantes denuncias por el ruido escandaloso de sus monstruosos músicos le afectaran lo más mínimo.

Estamos volviendo a la vida los acontecimientos que malograron la injusta repartición de riquezas y propiedades que ha heredado hasta el día de hoy el cantón de La Cruz, bajo la indiferente mirada estatal, canonizando las pésimas estadísticas socio-económica de su población, por debajo del resto de Guanacaste y del país y sólo comparables a las del hermano país del norte. Y por eso no dudo que la relectura de “Don Bárbaro” hoy resultará más reveladora que en aquel lejano 1960, cuando la ley al rico poco le pesaba y el problema agrario rural se resolvían fácilmente con un rollo de billetes en la bolsa de algún funcionario del Ministerio de Agricultura y de la Policía, sofocando con la agresión, la cárcel o la misma muerte a quienes osaran romper el armónico ciclo de corrupción reinante.

Esta es sin duda alguna, una de las peores, oscuras y miserables páginas del libro de nuestra historia nacional, que con dolor y temblor abrimos, con la principal intención de comprender la relación de poderes que se ha mantenido hasta el día de hoy, aunque con un perfil más bajo, en esta relegada región del país. Tampoco ignoramos que los nauseabundos olores que de aquí surjan, sin duda alguna, también puedan afectar el prestigio de más de algún rico heredero de estas fortunas mal habidas en La Cruz y a muchos exfuncionarios públicos hoy felizmente pensionados (algunos señalados con su nombre y apellidos) que las posibilitaron, a costa de condenar a la pobreza a muchas humildes familias del campo, descritas clara, poética y pormenorizadamente por la pluma periodística del novelista defensor de los pobres.

También me estimula el devolverle la vida a este reportaje histórico inconcluso el hecho de conocer personalmente a los hijos e hijas de varios de los personajes devorados por la voluptuosidad de riquezas y poder con que actuó hasta su muerte Don Luis Morice Lara. Estas nuevas generaciones de despojados son los que van tratando de señalar caminos de justicia y solidaridad a un Cantón que grandes hacendados, empresas y caciques políticos desean imponer a toda costa, bajo el régimen del temor que crea sumisión y respeto, requisitos indispensables para mantener su hegemonía económica y política.

Poco a poco en La Cruz, frontera norte, se respiran aires nuevos para levantar valientemente la bandera de la Dignidad Popular:

- pisoteada primeramente por los españoles invasores, pero defendida por el cacique Nicarao y su gente
- pisoteada otra vez por la invasión del filibustero William Walker en Santa Rosa (20-03-1856), pero reivindicada con la quema del mesón en Rivas, la valentía de Pancha Carrasco y la única rotunda derrota que recuerda el ejército gringo en América, por la astucia de Juanito Mora y el general Cañas.
- pisoteada de nuevo en la tiranía de los Tinoco a principios del siglo XX, pero rescatada con la sangre derramada cerca de la frontera por el maestro Marcelino García Flamenco (19-07-1919).
- pisoteada en la contrarrevolución de 1948, donde izaron su valentía muchos patriotas, aunque cayeran varios heridos y cerca del Murciélagu perdiera la vida, protegiendo al pueblo desde la Cruz Roja, el sacerdote Jorge Quesada (20-12).
- pisoteada de nuevo por invasores en 1955, pero rechazados por el pueblo armado que defendió con bravura su tierra, aunque fuera quemado el prometedor muelle de Puerto Soley.
- pisoteada brutalmente por el latifundista Luis Morice, exterminador de familias campesinas, pero gloriosamente eternizada en la gesta heroica que con su muerte ofreció Gil Tablada Corea (18-11-1970), dando nacimiento a una colonia agrícola
- pisoteada por la Policía al servicio de los hacendados que ilegalmente se adueñaron de Paso Bolaños, quemando las casas y la escuela del lugar y encarcelando a los jefes de familia, pero erguida de nuevo por la sangre valerosa de Pedro Lara Martínez (9-05-1981).
- pisoteada por líderes políticos y funcionarios corruptos, títeres de los grupos de poder, a quienes facilitaron el acceso de parcelas, el tráfico ilegal de ganado y productos por la frontera y el contrabando de personas, armas y drogas...pero

denunciado valientemente por líderes comunales, religiosos, autoridades honestas y ciudadanos auténticos como USTED.

Reafirmo el calificativo para la obra “Don Bárbaro” de “Reportaje histórico inconcluso” por dos motivos: Carlos Luis Fallas murió sin darse cuenta que con su descripción de una injusticia agraria sostenida por años, desde el poder económico y político de La Cruz y sus padrinos de fuera, había adelantado el anuncio profético de lo que sería el encarcelamiento de muchos inocentes campesinos y el asesinato de Gil Tablada Corea en manos del terrateniente. Además, aunque la historia de injustos despojos, corrupción de funcionarios públicos, caciquismo político, abandono del campesinado a su suerte... ha disminuido, no desaparece por completo, y sus vestigios siguen salpicando las relaciones sociales, políticas y agrarias de la región aún en pleno siglo XXI.

Así que te propongo el reto de leer críticamente esta obra literaria desempolvada de la cárcel del olvido y convertirla en un libro de cama para los papás que quieran soñar en familia con el país de la Vida; llevarla a la escuela y convertirla en un obligado texto de referencia para soñar una patria solidaria donde reinen la justicia y el derecho; cantarla en la nueva poesía folclórica de hondo contenido social para que sea silbada por los pajarillos que anuncian la primavera de la democracia; predicarla en la celebración religiosa para que reavive la esperanza en el Dios de los pobres; y gritarla a todo pulmón en el discurso electoral para que espante los fantasmas de la corrupción y el clientelismo político.

Lic. Ronal Vargas Araya³
Liberia, 27 de enero 2008.

Medallón de Calufa

Este ocho de mayo que acaba de pasar⁴ murió Carlos Luis Fallas, el autor de *Mamita Yunai*, de *Gentes y Gentecillas*, de *Marcos Ramírez (Aventuras de un muchacho)* y de *Mi madrina*. Es poco decir, no obstante, decir que era novelista traducido a diez o doce idiomas, que era costarricense y que era comunista. Poco decir. Todas esas cualidades juntas no valían lo que él valía como hombre. Los usaba como adjetivos que llevó a la perfección como tres trajes humanos siempre nuevos. No se podría afirmar de él que era novelista y hombre, costarricense y hombre, comunista y hombre. Como en la definición del triángulo, en que los lados se cortan dos a dos para dar la razón de verdad de la figura, en él se cortaban dos a dos el novelista y el costarricense, el costarricense y el comunista y

³ Con la ayuda de Gretel, una eficiente digitadora ramonense y el empuje permanente de varios amigos, decidimos hacer público este escrito tal y como apareció editado por la UNA hace 30 años (con el Medallón de Calufa, Don Bárbaro y entrevista a Josefa Aguirre), incluyendo como novedad solamente esta presentación y un par de poesías al final.

⁴ Carlos Luis Fallas murió el 7 de mayo de 1966, esperando recoger el premio Magón al que se le había nominado...se lo impediría un cáncer de riñón, el año anterior pronosticado.

el comunista y el novelista para formar el hombre. Era un hombre lo más parecido a un hombre.

Campeño de los Llanos de Alajuela, ni las ciudades ni los viajes, ni las novelas ni los trabajos políticos e intelectuales de dirección de su Partido esfumaron en él el llamado rústico, el rostro de tierra, el cuerpo de tuca, la palabra piedra pómez. Tenía algo también de costa, de acantilado, de cetáceo, porque su país es muy estrecho, pugnado por dos océanos.

Lo conocí hace muchos años y entendí cuando lo conocí su radiante celebridad, punta sensible de una sencillez áspera. Era un manojo de hombres ese hombre, y todos se le notaban. El peón, el zapatero, el tractorista. Sobre su inconcluso segundo año de bachillerato había construido un mundo humano que empezaba en la tierra y terminaba en la conciencia. Estábamos persuadidos de que era de verdad. Por eso era amado, popular como un partido de fútbol. Su casa podía ser la plaza de cualquiera de las ciudades de Costa Rica, o un restaurante o la calle. Era amado diariamente, estaba clasificado por el amor de su pueblo.

Sería pueril creer que el cariño que despertaba entre los costarricenses se originaba nada más en el hecho de la extraordinaria difusión de su obra literaria en el ámbito internacional. Era algo más hondo y también más vasto. Carlos Luis reproducía de un lado lo costarricense neto, en una democracia rural su validez de campesino, su contacto espontáneo con cualquiera y el don que tenía de contener como representadas y siempre evidentes las constantes humanas de su pueblo. Como hombre mostraba claridad en la calidad y sus actos revelaban lo que creía. Su firma —la firma de un hombre sin dinero, de un hombre comunista, de un hombre que fue acusado una vez de ser ladrón de gallinas, porque no era posible acusarlo de ser ladrón de cosas más tentadoras, como la sangre, el dinero, la palabra— fue considerada como garantía más que suficiente por un gran negocio hotelero en reguardo de una deuda difícil que él no había contraído ni originado. Su firma era como la firma de un Banco, como la firma del país. Su fama era tan nacional que lo conocían los futbolistas, no así como si fuera un nombre que resuena lejanamente en periódicos, sino en detalle, como la marca de un cigarrillo, Calufa, que vive en Alajuela. El poderoso epíteto que en lo político lo definía no se malversaba en estas apreciaciones cotidianas y decisivas del trato, del saludo. Yo quisiera saber cuántos costarricenses ignoraban que vivía en el barrio La Agonía, de Alajuela, que había trabajado como peón en la Bananera. Era un retrato de todos. Una imagen colectiva. En él el amor popular había encontrado su objeto sentimental. Costa Rica no tenía su *ídolo* en un cantante de boleros, en un futbolista, sino en un costarricense que estaba presente en todos de una manera positiva. No era afecto coronado por la red de radio y televisión y por sonido callejero. Se trataba de un afecto excepcional y silencioso, el mismo que dispensamos a los objetos entrañables que son nuestros.

Conocí a Calufa, si mal no recuerdo, en 1950. Estaba en la esquina del cine Raventós, en el parque Central de San José. Yo andaba acompañado de un amigo reciente, vendedor de productos textiles. Movié el índice. Ese que está parado en la esquina, de sombrero, es Calufa.

El episodio, entendido y ampliado en su diamante, registra el concepto que las gentes de su tierra se habían formado de él. Era un concepto de amor muy grande, un homenaje que todos los días recibía Carlos Luis Fallas como una gimnasia nacional del corazón. Hubo excepciones inexplicables, o demasiado inexplicables. Personas de tinta y papel no quisieron otorgarle al más grande escritor de Costa Rica, poco antes de una muerte

de cuya inevitabilidad no se dudaba, el premio nacional de literatura; se lo hicieron compartir, como para enterarlo de que, aún cuando célebre y distinguido por su pueblo, le faltaba un requisito. La reacción de su patria ante el fallo fue en cambio, un homenaje más selecto que el premio. Luego el gran premio nacional se le dio desde el día de su muerte hasta la hora de su entierro. Sus enemigos políticos y sus enemigos de guerra, aquellos contra quienes peleó en la Asamblea Legislativa, en los campos electorales, en los periódicos, en los mítines y con el fusil en la revolución de 1948, le montaron guardia de honor y lo acompañaron al cementerio. Los hombres de armas que le fueron contrarios reconocían que como soldado nunca dejó de ser hombre, y esto, en un país que ha repudiado históricamente el ejército, prohibiéndolo, es un mérito que no se discute. El fue el héroe de dos bandos que no siempre supieron evitar ser meramente soldados.

Desde sus tiempos de zanja, agua y pala leía mucho las grandes novelas, en los campamentos de los trabajadores. Los trabajadores salían del barro a dormir, echados por el cansancio. Él, aligerado por la vocación, seducido, leía un par de horas o hasta tocar media noche. Esto lo salvó definitivamente, de que la zoología cotidiana impuesta por un trabajo terrible le impidiese ser hombre. Nacer hombre no basta para ser hombre, esto sí que lo supo a tiempo, pero no pronto, ni desde el comienzo. Ello es lo cierto que un buen día, como se dice, y él me lo ha contado, estaría en sus veintidós o veintitrés años cuando midió en toda su cuenta lo que significaba ser peón, palero, notó su brutalización, la de los otros. No es que pensara que aquello no era vida, sino que aquello no debía ocurrirle a nadie. Ron, enfermedades, heridas, leyes cortas, tiempo sucio y la cura miserable de una juventud clínica, y de una peor moneda posterior, acabaría a cuatro patas, y con otra cabeza.

No se le hizo tarde en determinar. Entendió lo que debía entender y avanzó entonces a pie de su razón. El mundo había que medirlo, anotarlo y tomarlo desde fuera de la zanja. Fuera de la zanja donde estaba el mundo. Ya nunca dio media vuelta, marchó a fondo. Fue leal a todas las zanjas. Se convirtió en un luchador sin manchas intelectuales, su razón tenía una sola superficie, y aquí su voluntad y su inteligencia tuvieron su imaginación y su libertad. Porque manejó primero la pala que la pluma no se contaminó de la metafísica y ajetreos líricos como tesis y espasmos acerca de lo que tanto interesa, la verdad del hombre. La irracionalidad para él equivalía a la inmoralidad, si le era planeada como método o arte. No se pronunció en vano. Se sometió a pruebas. Donde debía resonar el ritmo de Darío, no sonaba, superpuesto como estaba el ritmo de su antigua pala, y donde la idea de Darío significaba viejos servicios, patrimonios desacostumbrados. ¿Qué era aquello, aquellos predicados evadidos del hombre natal? Pensaba que hacía falta una nueva civilización engrandecida por las categorías del hombre sin demiurgos. Otra civilización para la poesía. O sea, donde el poeta no se atuviera tanto a su imaginación y fantasía, infladas por espiritualismos y adocenamiento de valores y degollación de la vida, y se situase en la fantasía y en la imaginación mucho más rica de la realidad, la fuerte realidad, que tiene todos los colores, todos los gustos, todas las posibilidades, todas las intenciones y el espíritu. Yo también he pensado con bastante frecuencia que si el lenguaje es para hablar con uno mismo, entonces no es lenguaje, sino una oración, y uno, una monada.

Tenía razón. Esto me queda.

Antidio Cabal.

DON BÁRBARO

EL LATIFUNDIO DE LOS MORICE

En el transcurso de medio siglo los Morice se han hecho dueños de casi toda la región fronteriza de La Cruz (Prov. de Guanacaste). De sus ríos, montes y llanos; y de sus playas también. Los tentáculos del inmenso latifundio iban asfixiando silenciosamente toda pequeña propiedad. Campesinos guanacastecos y nicaragüenses, empujados por la necesidad, audazmente llegaban hasta el corazón de la selva, derribaban la montaña, levantaban su rancho, hacían su potrero, cultivaban la tierra. Y luego, un día de tantos, tenían que abandonarlo todo. De ese malogrado esfuerzo sólo quedan por ahí, de vez en cuando, perdidos en los más apartados rincones de la extensión poblada de garrapatales y “cornizuelos” del latifundio moriceño, los vestigios de un rancho y del potrero y el desmonte que los rodeaba. Son recuerdos de los tiempos de don Luis Morice padre.

Pero el viejo Morice por lo menos hacía y cuidaba algunos repastos en su feudo. La plaga moriceña se convirtió de verdad en peste terrible con Luis Morice Lara, el hijo del viejo Morice, hoy verdadero señor de horca y cuchilla, con derecho de vida y muerte sobre todas las familias campesinas de la región. Luis Morice Lara es el azote de los agricultores pobres. Dueño y señor de miles y miles de hectáreas de charrales y garrapatales, jamás ha hecho un repasto, ni un potrero; jamás ha sembrado un árbol, ni una mata de maíz, ni un grano de arroz y jamás ha hecho una cerca, ni tendido un hilo de alambre, si no es para cerrarle el camino a un pobre o para apoderarse de una parcela ajena. En cambio, tumba las cercas de los agricultores pobres, se adueña de sus potreros y echa su ganado a que engorde con el maíz, los plátanos y las yucas que han sembrado esas humildes gentes. Su principal negocio es la explotación de maderas, que está acabando en toda la extensión de su inmenso latifundio; por eso ahora irrumpe con sus tractores y hacheros en las fincas de los pobres, para tumbar y llevarse cuanto cedro y pochote aprovechable alcanza a ver. Don Luis tiene mucha tierra y mucho poder: al que le hace resistencia lo saca amarrado y lo mete a la cárcel.

Eso sí, don Luis, con la cooperación del Alcalde y del Jefe del Resguardo de La Cruz, siempre lleva a cabo esas tropellas dentro de la más absoluta “legalidad”. La famosa doña Bárbara contaba, para sus robos de tierras y ganado, con la ayuda interesada del bellaco coronel ño Pernalete y con la del Secretario de la Jefatura Civil del Distrito, el taimado Mujiquita. A esas autoridades se parecen tanto las que colaboran con Morice en La Cruz “como un toro al otro del mismo pelo”, para decirlo con palabras de Rómulo Gallegos. No así los personajes principales: doña Bárbara atropellaba a otros latifundistas, a otros señores feudales venezolanos que podían y sabían defenderse y atacar y éste don Bárbaro cruceño sólo se ceba en campesinos humildes, analfabetos e indefensos.

EL NEGOCIO DEL “INTERCAMBIO”

El verdadero auge de los negocios negros de don Luis Morice se inició en las postrimerías de la Administración Picado, por ahí de 1947, más o menos. Entonces, con la ayuda de altos funcionarios oficiales y aprovechando torcidamente la ley de protección a

los mal llamados “parásitos”, negoció con el Estado cinco mil hectáreas de su Sitio del Sapoa, incluyendo en ellas la propia ciudad de La Cruz. Es cierto que en esas tierras vivían y trabajaban desde hacía muchos años varias familias campesinas, con sus fincas hechas y cercadas. Pero después de lo que pude ver y escuchar en aquellos alrededores, llego a la conclusión de que Morice en aquél entonces, para justificar la negación, aumentó ficticiamente el número de “parásitos” y en consecuencia, la cantidad de tierra ocupada. Inventó nombres; utilizó muertos; hizo aparecer como ocupantes a gentes allegadas suyas (¡incluso a su pariente Amadeo Morice, otro latifundista!); incluyó a campesinos que desde hacía muchos años poseían fincas en baldíos nacionales poniéndolos como ubicados dentro del Sitio del Sapoa, etc. Pero en cambio no incluyó a varios de los verdaderos ocupantes, cuyas fincas le interesaban a él -Morice-, por su ubicación, agua, potreros o madera; y a otros, por esas mismas razones, los incluyó con menos tierra de la que en realidad tenían. ¡Un malintencionado enredo de mil demonios, que ahora aprovecha don Luis para adueñarse de las fincas de algunos, para apoderarse de parte de las tierras y del esfuerzo de otros y para atropellar a todos!

Según me informaron allá, esas tierras del Sitio del Sapoa fueron divididas, para la fijación del precio, en tres secciones: las del centro urbano (La Cruz), a veinte mil colones la hectárea; las del El Cacao, a trescientos colones la hectárea; y las de La Garita, a cien colones la hectárea. En total la bicoca de UN MILLÓN, CUATROSCIENTOS TREINTA Y DOS MIL SETESCIENTOS CINCO COLONES, que a la larga ha venido a recibir don Luis Morice (No sé si parte en dinero y parte en tierras del Estado, o si todo en dinero contante y sonante, o todo en tierras baldías, de las mejor ubicadas y de superior calidad, como es costumbre cuando se trata de grandes terratenientes).

Se entiende que el Estado compró esas tierras para darlas en posesión a quienes las estaban trabajando y si sobraban, para acomodar allí a otras familias campesinas pobres. En consecuencia, los ingenieros oficiales procedieron a hacer las medidas...de acuerdo con las indicaciones de don Luis, el cual, además de inteligencia, tiene buen carro y mejores caballos, reconfortante whisky y unas gallinas gordísimas. Con base en esas medidas se demarcaron las fincas y se hicieron los títulos. ¡Y cuando esos títulos comenzaron a llegar y por causa del enredo que amañara don Luis, se armó la de San Quintín! A estos les llegaba el título sobre tierras que nunca habían poseído, aquellos tenían la tierra pero no les llegaba el título, ni habían sido incluidos en las medidas de los ingenieros. Títulos otorgando mucho menos tierra de la que el ocupante tenía cercada. Y títulos ubicando fincas en otros sitios y con otros colindantes. Etcétera. Surgieron las protestas, los reclamos, las denuncias. Intervención de abogados y jueces. Otras medidas, por otros ingenieros, pero siguiendo siempre las inteligentes indicaciones de don Luis. Y más desesperanza, más rabia y más temor entre los campesinos atropellados. Porque en ese revuelto río de cóleras y angustias campesinas, Luis Morice, con la ayuda de guardas fiscales, aseguraba sus ganancias de activo pescador. Hacía correr cercas, para quedarse él con potreros y arboledas; quitaba alambres, arrasaba plantíos.

Exigía la entrega de una finca con hermoso rancho, buena agua y muchos árboles frutales y “generosamente” ofrecía al amenazado colocarlo en otro sitio. “¡Pero eso es en la finca de Fulano!”-Replica el asombrado campesino-. “Me consta que él se la compró a Zutano hace veinte años. Tiene papeles”. Y don Bárbaro, en tono definitivo: “¡Qué papeles ni que papeles! ¡Toda esa tierra es mía! Vos, por terco, te vas a quedar sin el santo ni la limosna...”

Cuando alguno le alegaba tercamente sus derechos, don Bárbaro gruñía: “Este carajo como que es medio retobao. Lo mejor será sacarlo a La Cruz”. Y los guardas cargaban con el infeliz. Allí quedaban abandonados la mujer y los pequeños hijos del campesino, en la soledad del monte, hechos un puño entre el rancho temblando de angustia.

Un campesino decide salir a La Cruz, a denunciar la destrucción de sus cercas. El Alcalde le dice: “Bien, hay que hacer una inspección ocular... Eso te cuesta cien colones de honorarios más los treinta pesos de la bestia”. El hombre logra conseguir ese dinero, prestado. Y allá llega el Alcalde y don Bárbaro también. El campesino saca a relucir entonces sus mugrientos papeles, que él guarda como sagradas reliquias: el plano de su propiedad, que le hiciera y catastrara un ingeniero, unos recibos de la Tributación Directa, del impuesto que ha estado pagando por su tierra. Y por último exhibe un viejo documento: “Aquí usted puede ver que yo compré esa finca hace diez años, al viejo Cupertino, que botó la montaña y la hizo hace treinta años... Es un Contrato de Venta muy legal: ¡Está protocolizao!”-afirma triunfantemente el sencillo campesino, a quien le han inculcado fe ciega en todo lo que dicen y hacen los profesionales de la ciudad. Por eso las palabras del Alcalde le caen como agua fría: “Para el caso, y legalmente, ¿sabe usted?, esos papeles no valen nada...” Y que sus papeles no valen nada le repite don Bárbaro, para proponerle luego una compra ‘generosa’.

Yo conversé con Vicente, allá, en su casita enclavada en una loma. Joven aún, aindiado, de cuerpo recio y mirada inteligente. Seis hijos pequeños. Estaba trabajando en un chagüite lejano. Su mujer, bajita y muy pálida, lo llamó a gritos y él llegó sudando a chorros todavía. Quise ver “sus papeles” y entonces Vicente, al mostrarme el plano y el documento de compra-venta, sin poder disimular la rabia que el recuerdo le producía se apresuró a explicar: “¡Sólo estos dos, porque rompí todos los demás! Eso jué la última vez que conversé con el Delegado del Ministerio de Agricultura, que andaba por ahí. Me vine pa la casa... ¡y de pura cólera los hice mil pedazos! ¿pa qué guardar tantos cochinos papeles si todos esos señorones me dicen que no sirven pa nada? Achará el tiempo y la plata que gasté en tantos viajes, escritos y telegramas... ¡Más de mil pesos del alma!” Y añadió con amargura: “Una vez, por orden de don Luis, los guardias me apiaron de allí, de ese techo, que yo estaba componiendo... ¿De veras cré usted que ora estas cosas se vayan a acabar?”

Es casi imposible para un campesino de esos luchar en el terreno legal con Luis Morice o con el señor Alcalde. Las notificaciones le llegan tarde, sus testigos viven o trabajan muy lejos y todas las gestiones le cuestan mucho tiempo y dinero. No falta el abogado que lo traiciona. Y muchas veces a la hora llegada los testigos se le cuarteán, por temor, por ignorancia y porque hay gente de esa a la que le cuesta mucho expresar su pensamiento; a cualquier tinterillo le resulta fácil enredarla, hacerla caer en contradicciones y ponerla a decir lo que él quiere que diga. ¡Qué inalcanzable les resulta la Justicia! Por eso algunos se someten y le venden a don Luis su finca por lo que él ofrece o se la cambia por cualquier charral, aunque eso resulte ser, como me dijo uno de ellos con tristeza, “igual que perder la albarda y encontrar los sudaderos”.

En relación con el famoso “intercambio” o negocio de tierras, de Morice con el Estado transcribo a continuación, literalmente, el informe escrito que me dieron dos viejos inteligentes vecinos de la ciudad de La Cruz:

“CENTRO URBANO (La Cruz):

Lote 21- Francisca Martínez M, 4.000 metros cuadrados. (No lo reconocen).

Lote 29- Santos Chávez Díaz, 2.000 metros cuadrados. (No lo reconocen).

Lote 60- Fernando Reyes Ch., 1.645 metros cuadrados. (No lo reconocen).

Lote 87- Mélida Navarro F., 900 metros cuadrados. (No lo reconocen).

Ver resolución del Señor Juez Civil de Hacienda, del 21 de marzo de 1957. -Morice se comprometió a regalar 100 hectáreas para la ampliación de La Cruz, y el terreno aparente para eso se lo vendió luego a Manuel Antonio Alán.

“SECCIÓN DEL CACAO:

Lote 8 –Ramón Conrado M. (desconocido), 100 hectáreas.

Lote 12 – Ana María Obando R, 50 hectáreas. (No lo reconocen y está fuera de la medida del Sapoa).

Lote 14 – Amadeo Morice R., 100 hectáreas. (Está fuera del Sitio del Sapoa).

Lote 15 – Ana María Obando R., 100 hectáreas. (No lo reconocen y también está fuera del Sitio del Sapoa).

Lote 17 – Benigna Franco, 10 hectáreas. (No lo reconocen y está fuera del Sitio).

Lote 22 – Santos Morales M., 30 hectáreas. (No lo reconocen, Morales murió).

Lote 24 – Erasmo Mora M., 20 hectáreas. (No se reconoce. Y a este señor nadie lo conoce aquí).

Lote 25 – Max Guido G., 20 hectáreas. (Está fuera de la medida del Sapoa).

Lote 26 – José Ángel Morales M., 40 hectáreas. (Está fuera de la medida. Y lo compró Morice).

Lote 27 – Luisa Ortega (ya murió), 60 hectáreas. (Está en terrenos baldíos).

Lote 28 – Juan Aguirre A., 50 hectáreas. (No lo reconocen .Está fuera del Sitio del Sapoa, cerca de Nicaragua).

Lote 30 – Victorio Chávez (Aquí hay una Victoria Chávez Castillo), 50 hectáreas. (No lo reconocen).

Lote 33 – Mauricio Chávez Mora, 50 hectáreas. (Está fuera de la medida del Sapoa).

Lote 34 – Santos Chavarría y Marcelina Alegría, 40 hectáreas. (Está en terrenos baldíos).

Lote 35 – Manuel Mayorga M., 50 hectáreas. (Está fuera del Sitio del Sapoa).

Lote 39 – Alberto Mora M. (ya muerto), 50 hectáreas. (No se lo reconocen a los herederos).

Lote 42 – Fernando Reyes Chávez, 100 hectáreas. (No lo reconocen).

Lote 45 – Alberto Leal L. (ya murió), 50 hectáreas. (No se lo reconocen a su hijo y albacea Otilio Leal Obando).

Lote 46 – Jesús Corrales (desconocido en este lugar), 50 hectáreas.

Lote 48 – Francisco García (ya murió), 20 hectáreas. (No lo reconocen).

“SECCIÓN DE LA GARITA:

Lote 57 – (La numeración va corrida). Francisco Leitón C., 10 hectáreas. (A Leitón le quitan lo que tenía trabajado y cercado en baldíos nacionales).

Lote 72 – Eliseo Morales A., 50 hectáreas. (No lo reconocen).

Lote 85 – Leonarda Fernández Ríos, 13 hectáreas y 100 metros cuadrados. (No lo reconocen).

Lote 98 – Perfecto Miranda Fajardo, 100 hectáreas. (No se las reconocen y Morice lo sacó de donde estaba).

Lote 108 – Eliseo Morales A., 50 hectáreas. (Otro lote. No se lo reconocen).

Lote 111 – Juan Mejía y Cresencio Morales A., 160 hectáreas. (No se lo reconocen).

“Cuando la demanda del Estado para que entregara todas estas parcelas y según contrato entre el Ministerio, Luis Morice Lara y el ingeniero Mario Jiménez Roig (quien se comprometió a medir conforme los títulos de cada ocupante), este ingeniero vino y no le midió a muchos que tenían títulos y sí midió fincas que nunca habían pertenecido a Sapoá o al “intercambio”, como son las fincas que siguen: “Las Marías”, de los señores Alán, en Soley y las fincas de Dolores Espinoza Ortiz, Juan Rafael Martínez Lara, Julio Salgado O. y Pascual López, no obstante que están en la Milla Marítima, para agregarlas a lo que tenía que entregar a Morice.

Los ingenieros Alfredo Ruiz y Matamoros, en la conferencia auspiciada por las autoridades, propusieron a todos los interesados que renunciaran al plano del “intercambio” y que aceptaran el nuevo plan de Jiménez Roig, pero nadie aceptó y después informaron que el 99% había aceptado, lo que era una gran falsedad. Esto se puede probar con todo el pueblo.

Ahora Morice está agregando terrenos de Ismael García, Simplicio y Ángel Coronado, a la finca Sapoá, según medidas que ha corrido sobre estas fincas. Ha quitado cercas y ha cortado maderas y se las ha llevado. Los perjudicados han planteado acusaciones y hasta la hora nada le han notificado a Morice. En cambio él tiene en la cárcel a Simplicio y a Santiago Coronado por suposiciones de que estos le cortaron una cerca que Morice puso en terreno ajeno. Vinieron los detectives y dieron de trompones a José Félix García Meza y a otros, vino el Ministro de Gobernación, vienen los delegados del Ministerio de Agricultura y vino el Juez de Liberia con abogados y todos rinden informes a favor de Morice. Los demás no tienen razón... ¿Por qué será?...”

Hasta aquí el informe de esos dos vecinos de La Cruz.

Ese maloliente negocio o intercambio de tierras con Morice debe ser investigado. El Comité de Solidaridad Nacional puede recurrir al Ministerio de Agricultura y conocer así todos los antecedentes, el plano del Sitio del Sapoá con los lotes y el primer plan de distribución de esas tierras y el segundo, así como gestionar el envío de un delegado de dicho Ministerio con otro del Comité de Solidaridad, para que juntos vayan allá a comprobar esas medidas y ese loteo, sobre el terreno y escuchando a los campesinos interesados. Creo que el actual Ministro de Agricultura, Señor Adriano Urbina, dará toda clase de facilidades para la investigación que propongo. Se trata de dinero y tierras del Estado, es decir, de todos los costarricenses. Y se trata del interés vital de numerosas familias campesinas, muchas de las cuales, por la situación que les ha planteado Morice, no podrán este año hacer sus siembras de costumbre. No podemos dejar que se mueran de hambre.

EL CASO DE LOS CORONADO

Son varios hermanos, García unos, otros Coronado, todos hijos del viejo Ismael García Calderón. Agricultores pobres. El mayor, Simplicio Coronado, junto con su

hermano Santiago y cuatro peones está ahora en la cárcel de Liberia, como bien se sabe. Yo lo conocí por casualidad en Alajuela, en una barbería, pocos días antes de que lo detuvieran

Cincuenta años, alto, moreno. Junto a “La Tempatal”, como se llama la finca de su padre, hizo él la suya y la trabajó durante doce años. 41 hectáreas y 6.266 metros cuadrados. Un rancho, un pozo, el desmote, tres chagüites, árboles frutales, terrenos de montaña, bien cercado todo. Allí vivía y trabajaba varios meses del año, y otros meses los pasaba en la arena, a la orilla del mar, sacando sal.

Don Luis Morice, hace algún tiempo, rompió una cerca y echó su ganado a engordar en la finca de Simplicio. Éste sacó el ganado y compuso la cerca. Entonces don Luis bajó el alambre y volvió a meter el ganado. Otra vez Simplicio reparó su cerca. Y por último, en el mes de abril de este año, don Luis le arrancó definitivamente las cercas, dejó botado parte del alambre, arrolló en orquetas la otra parte, cargó los rollos en su camión y en compañía del Alcalde y de unos guardas fiscales, se los fue a tirar a Simplicio frente al rancho de la “salina”, gritándole: “¡Ahí está su alambre!”.

Yo visité esa finca de Simplicio. Allí estaban todavía los postes de las viejas cercas, el pozo, el rancho de Simplicio, habitado ahora por gente moriceña. Ya hicieron un rancho más. El ganado moriceño acabó con los chagüites; un tractor moriceño roncaba en la orilla de la montaña; hacheros moriceños sudaban tumbando un hermoso pochote y cedro, inmensos algunos, labrados todos y listos para cargar. ¡A Simplicio sólo le están dejando de esa finca los recuerdos y el plano que le hiciera y castrara un ingeniero!

También estuve en la “salina” de Simplicio. Siete años de elaborar sal allí y cinco de legalizado el arriero sobre esas dos hectáreas de la Milla Marítima. Un viejo rancho pajizo y en ese rancho la mujer, una hija de crianza de 11 años y una vecina que las acompañaba. Al frente, los rollos de alambre en el mismo sitio donde los tiró Morice. A la orilla de la marisma, un techo de paja y latas viejas, malcubriendo un inmenso montón de sal que los aguaceros comenzaban a lavar. Dos largas “pailas” de latón con sus respectivas hornillas, muy primitivas y al aire libre. Y en lo más bajo de la marisma, una larga presa de arena, compuertas buedas, zanjas de comunicación, depósitos amplios para la evaporación del agua al sol y depósitos más hondos, de donde se coge en latas el agua, y a punto, para pasarla a las “pailas”. La temporada de trabajo dura cuatro meses (febrero, marzo, abril y mayo) y termina cuando caen los primeros aguaceros fuertes, que “endulzan” el agua de los depósitos. Esta “zafra” amarga, que es la salvación de Simplicio y de quienes le ayudan como peones, surte de sal a todos los vecinos de La Cruz y sus alrededores.

Frente a la “salina” de Simplicio pasa el viejo camino que une a La Cruz con Puerto Soley. El 4 de mayo de este año, Morice comenzó a tender una cerca por la orilla de ese camino, dejándolo por fuera en parte y más acá dejándolo encerrado. Es cierto que allí puso un portón y que mañana podrá decir que lo mantiene sin candado. Pero cuando le venga en gana –y se trata de un Morice en la impunidad de la lejanía- por allí no dejará pasar a los que él malquiere. ¿Y con qué derecho este don Bárbaro encierra parte de un camino público? Los que por allí lleguen a transitar correrán el riesgo de dejar sus tripas cualquier día en los cuernos de un toro bravo moriceño.

Según mis cálculos, tanto el camino como la cerca de Morice, desde el mencionado portón hasta más allá de la “salina” de Simplicio, están dentro de la Milla Marítima, es decir, en terreno del Estado. Esa cerca no había existido nunca. Hace muchos años don Luis Morice padre intentó hacerla y hasta puso algunos postes, pero la enérgica oposición del padre de Simplicio se lo impidió. Hoy está allí, nuevecita, cerrando el atajo que se usaba para evitar un trecho del camino que en pleno invierno se torna intransitable para carretas;

cerrando también el caminejo que comunicaba la “salina” con la finca de Simplicio y las de los otros Coronado; cerrando el paso a los sitios de donde se sacaba la leña para las hornillas de la “salina” y dejando encerrados el pozo de Simplicio y el de la única vecina cercana. ¿Don Bárbaro acapara hasta el poquito de agua que se pueden beber los pobres!

De pronto vino el escándalo. Un día de tantos amanecieron cortados los alambres de esa cerca moriceña. De inmediato Morice señaló a Simplicio como autor, directo o indirecto, de ese desguisado. No podía ser otro. ¡Claro! ¡Si él –Morice- acababa de atropellar la finca de Simplicio, la del padre de Simplicio y la de los hermanos de Simplicio y los estaba encerrando a todos con esa cerca! Y Simplicio es el más despierto y resuelto de los Coronado. Formal denuncia de don Luis, e inmediata intervención del Alcalde, del Resguardo Fiscal y de los detectives de San José. ¡Horror! ¡Se habían atrevido a atentar contra la cerca que don Bárbaro estaba tendiendo en terrenos del Estado! Sacaron amarrados a los peones de la “salina”, los maltrataron y los encerraron en la cárcel de Liberia. Simplicio fue detenido después, cuando regresaba de la capital. Cincuenta y dos horas sin comer. Pero eso no vale nada, según el Ministro de Gobernación. ¡Qué diablos! ¿Acaso los pobres no están bien acostumbrados a ayunar? Y como los peones habían sido sorprendidos en plena faena, se quemaron las “pailas” de la “salina”; se perdieron nueve días de “zafra” y ahora se está malogrando la sal amontonada. Pero eso tampoco vale nada: ¡Se trata de un Simplicio cualquiera!

Ahora don Luis aprovecha a prisión de Simplicio para dejarle sin madera las cercanías de la “salina”. Yo vi sus hacheros y sus tractores metidos en la Milla Marítima, tumbando y arrastrando palos y a la orilla del camino, ya casi listos para ser cargados, pude contar de pasada siete tablones de pochote y cedro, de dos y tres cortes algunos (¿Será que le han otorgado, como premio a sus hazañas, el derecho a explotar las maderas de toda la Milla Marítima? ¡Nada raro tendría!). Trabaja con premura y hasta de noche, como si tratara de cumplir cuanto antes algún plan en relación al despojo de los García y los Coronado. Así es como sus hombres están acarreado la madera; del mismo modo están terminando la famosa cerca y asimismo están construyendo una casa junto al pozo de Simplicio. Todos sus trabajadores son nicaragüenses recién traídos por él al país. Por supuesto, no tienen la culpa de lo que allí está ocurriendo. Ellos son pobres también y también a ellos les está exprimiendo el latifundista Morice.

LAS HUELLAS DEL TIGRE

Anduve husmeando por todos aquellos alrededores, troté a caballo por horas y horas, bajo el sol y la lluvia, en una misma dirección, sin poder darle fin a la desolada extensión de charrales moriceños y visité también casi todos los ranchos de los García y los Coronado. Pobreza y angustia en esos ranchos: este año no se podrán hacer las siembras y la sal de Simplicio se está perdiendo.

En esas andanzas recogí los datos que resumo a continuación:

Paz Coronado: 48 años de edad. Hace más de doce años compró esta mujer su finca, con la casita. 12 hectáreas cercadas, con un potrero y el rastro que sembraba para mantenerse con sus siete hijos. También tiene con ella a una nietecita. Morice le arrancó el alambre y los postes con el tractor y le echó el ganado adentro.

Santiago Coronado: 34 años, mujer y cinco hijos pequeños. 16 hectáreas cercadas y dedicadas a la agricultura. Allí sembraban también otros vecinos. En tiempos de Figueres,

Morice le trozó la cerca, le botó el alambre y se le llevó un cedro y un pochote, que era toda la madera que poseía. Santiago acudió al presidente y Morice resultó multado con cuarenta colones, que nunca pagó, según me dicen. Ahora Morice le arrancó el alambre y los postes con el tractor y le echó el ganado adentro. (13 años de posesión).

Ángel Coronado: 46 años, mujer y 12 hijos; la mayor de 19 años y el menor de 7 meses. 75 hectáreas, cercadas con tres hilos de alambre. Mitad de potrero, una orilla de montaña, tres chagüites y muchos árboles frutales. 20 años de posesión. Tiene plano catastrado y estaba titulando la finca.

Una noche Morice le arrancó y desapareció el alambre y todavía está sacando cedros y pochotes de esta posesión. Ángel lo acusó ante la Alcaldía de La Cruz. Este juicio está ahora en el Juzgado del Crimen de Liberia. Acaba de pagarle al Juez doscientos cincuenta colones, más treinta pesos del carro, que le cobró por venirle a hacer una inspección ocular. Hoy, 27 de mayo, lo está esperando.

Ismael García Calderón: Es el padre de los García y los Coronado, 75 años, ciego, muy sordo, medio tullido y con el meñique de la mano derecha inutilizado, 51 años de radicar en ese sitio. Actualmente viven con él su mujer, bastante mayor, su suegra –una anciana ciega y medio tullida también- y una hija de quince años. Posee un viejo título de propiedad sobre las 45 hectáreas de su finca, que él llama “La Tempatal”.

Llegué a su rancho bajo un fuerte aguacero. Noté que se habían arreglado un tanto, para esperarme, pero vi el fuego apagado. De las tablas del techo caían chorrillos de agua que iban formando charquitos en el disparejo suelo de tierra. Al contestar mi saludo, el viejo se enderezó afirmándose trabajosamente en sus muletas y con voz temblona, pero en la que se sentía vibrar la cólera, me dijo: “¡Sepa usted, amigo, que yo pelié esto hace más de treinta años con el Luis Morice viejo! ¡Y que le gané el pleito...! Entonces enredó a mi madre y la contentó con cien colones, pa que diera por terminao el asunto”. Se sentó y continuó hablándome, siempre colérico, de sus viejas luchas con los Morice. El viejo Morice, 22 años atrás, lo había denunciado como incendiario. Y le pedía su ganadito. “Por cierto que una vez, cuando Amadeo Vargas era Jefe de La Cruz, él me dio un permiso pa que yo juera al Naranjo, allí, en Nicaragua, a traer unas reses más que Luis Morice viejo había pasao allá, afirmó el anciano.

Sí, don Ismael supo pelear y defenderse. Pero han pasado los años y hoy es un pobre viejo inválido e indefenso. Por eso ahora Luis Morice Lara le destruyó la cerca y se llevó el alambre; le quitó el desmonte que iba a sembrar este año y con el tractor entra y sale por “La Tempatal” que ya considera suya, llevándose los cedros y los pochotes del anciano.

RESUMEN DEL CASO DE LOS CORONADO

El latifundista Luis Morice Lara arrancó las cercas y arrasó las fincas de Simplicio, su padre y sus hermanos y con la cerca que hizo en la Milla Marítima cerró caminos a todos y a Simplicio le aisló su “salina” y se la dejó sin el pozo, allí, donde es fácil encontrar sitios para pozos y donde en el verano una gota de agua vale lo que pesa en oro.

El campesino Simplicio Coronado, según Morice, cortó los alambres de esa cerca.

Simplicio fue a parar a la cárcel de Liberia, con su hermano y con sus cuatro peones; saldrá en libertad bajo fianza, posiblemente, pero enredado en un juicio que puede llevarlo de nuevo a la cárcel.

Luis Morice, en cambio, continúa libremente en sus dominios, como tigre suelto, acabando de rematar a sus víctimas; prepara, según rumores, la venta de todas “sus” tierras a los Somoza y hasta es posible que ahora resulte agraciado con unos cuantos buenos miles de colones, de la ayuda que la Cámara Legislativa destina para los ganaderos nacionales.

LOS ATROPELLOS DE MORICE EN GUAPINOL

A caballo, por la carretera Panamericana primero, pasando por La Cruz, e internándome luego a la derecha, entre montes, por un solitario caminejo, fui luego a visitar el distrito que llaman “Guapinol”, porque los campesinos pobres de este distrito también están siendo asfixiados por los tentáculos del inmenso latifundio moriceño.

Estuve en “Los Pocitos”, en el rancho de Otilio Leal, un campesino recio, alto y moreno, de carácter afable y acogedor. De acuerdo con mis observaciones, es muy trabajador, honrado y servicial y hombre calmoso que no le teme a nada ni a nadie y que es capaz de afrontar los peligros y las dificultades con tranquila resolución. Tiene su rancho en una pequeña y linda finca. Con él viven su mujer, limpia y hacendosa, cuatro chiquillos de un hermano suyo, y su tío Cleto Obando –dueño de la finquita-, un anciano medio baldado de la pierna izquierda, pero que todavía se mueve y trabaja con la ayuda de un bordón.

Todo allí está bien ordenado y limpio. En el rancho, una canoa de madera, bien tapada, cerca del fogón, con agua para lavar los trastes, y otra acá, más pequeña, llena de agua para beber, también con su buena tapa, sobre la que permanecen embrocados el guacal de sacar el agua y las jícaras para tomarla; el cuarto, amplio y cerrado; encima de la mesa, el radio de batería; en un rincón, la canoa grande para los granos y demás víveres; arriba, en las varas del techo, el arroz en espiga y el corredor abierto, en una banca, el pilón del arroz y los aperos de las bestias. Afuera, alrededor del rancho, muchos árboles frutales, el encierro de los terneros y gallinas y patos correteando. Y allá, bastante cerca, un sereno riachuelo que no se seca nunca, sombreado por árboles inmensos que dejan caer sobre la tranquila superficie del agua multitud de pequeñas florecillas; una inmensa raíz sirve de puente y por debajo de ella el agua escapa y chorrea a una pocita, a cuya orilla se puede bañar echándose agua con un guacal.

Pasé en ese rancho tres noches. Antes de acostarse, Otilio, sentado en la banca del corredor, con su mujer, por largo rato pulsaba su guitarra y de vez en cuando cantaba, muy bajito algún corrido mejicano. Los chiquillos garrapateaban en sus cuadernos a la luz de una carbura. Y el tío Cleto me contaba viejas historias: de sus viajes a Nicaragua a que le trataran la pierna enferma famosos curanderos de Rivas y Masaya; de las gentes de don Julio Acosta que por ahí anduvieron en son de guerra contra los Tinoco y del combate del Jobo. Bien oscuro todavía, antes de que cantaran los gallos, la mujer encendía el fuego...y el radio también, para oír el primer programa campesino y las primeras noticias (Es el único programa radial que escuchan ellos, porque las baterías se gastan y son caras). Después del café, con tortillas y gallo pinto, la mujer volvía a los quehaceres de la cocina, los chiquillos se iban para la escuela lejana, allá en La Cruz; el viejo llegaba renqueando al corredor, quitábase la camisa y comenzaba a pilar arroz y Otilio y yo salíamos a caballo.

Así es ese jodido y apacible rincón de “Los Pocitos”. Y así vive y trabaja esa sencilla gente.

Pero ya don Luis Morice le echó el ojo a esa finquita. A él también le gusta el sitio. Por eso no llegó el título de esta finquita. Morice conversó con Otilio y le ofreció en

cambio algún dinero o colocar a su tío en otro sitio: ¡en la finca de Adán Cabrera Reyes! Otilio le dijo que su tío no estaba dispuesto a vender ni a cambiar esa finquita. A lo que Morice replicó: “Si usted le hace fuerza, sí”. Y tiene a ambos, al tío y al sobrino, amenazados con el desalojo.

De modo que Morice ofreció una parte de la finca de Adán Cabrera Reyes, para quedarse él con la linda finca de “Los Pocitos”, del viejo Cleto Obando Rodríguez, tío de Otilio Leal Obando. (Don Cleto tiene otra parcela, en terrenos baldíos. Ya veremos cómo y para qué quiere don Bárbaro aprovechar también esta parcela).

Alberto Leal Leal murió dejando una finca de cincuenta hectáreas cultivadas y cercadas. Su hijo, Otilio Leal Obando, es el albacea. Morice logró que los ingenieros le pusieran a esta finca los linderos de la parcela que el viejo Cleto Obando tiene en baldíos nacionales. El título llegó sobre las cincuenta hectáreas, a nombre del papá de Otilio, pero con los linderos de la parcela del tío de Otilio. Inmediatamente don Bárbaro se echó sobre la finca del finao Alberto Leal. Otilio, que, como siempre, estaba trabajando esa finca de su padre, logró cosechar el maíz y el arroz que había sembrado; pero don Bárbaro le quemó un frijolar y comenzó a tumbar la madera. Denunció Otilio el atropello y aunque el Resguardo selló la madera labrada, don Bárbaro siempre se la llevó. El actual Procurador Agrario de la República, Lic. Claudio Escoto León, quien en esos días anduvo por allí, le aconsejó a Otilio que desocupara pacíficamente, y que después, cuando se hiciera el deslinde, se le entregaría su lote y esta disposición suya se la informó luego al actual Jefe del Departamento de Tierras y Bosques del Ministerio de Agricultura (Ver copia de la nota enviada por el Lic. Escoto León al Ing. Alfredo Ruiz, con fecha 4 de enero de 1960). Enemigo de ruidos y disgustos, Otilio acató ese consejo. Resultado: don Bárbaro continúa hasta hoy como amo y señor de las cincuenta hectáreas que en justicia corresponden a Otilio Leal Obando.

En relación con este despojo transcribo a continuación la carta que Otilio le envió al Sr. Ministro de Agricultura, don Adriano Urbina Gutiérrez:

“Yo, OTILIO LEAL OBANDO, mayor, soltero, agricultor, costarricense, vecino de La Cruz, con cédula de identidad número 138.867, con el mayor respeto ante Ud. Vengo a decir:

“Soy albacea de la sucesión de mi padre ALBERTO LEAL (también conocido por apellidos LEAL MENDEZ), quien fue mayor, casado, agricultor y también vecino de La Cruz, Guanacaste y dueño de una parcela de 50 hectáreas debidamente inscritas en el Registro de la Propiedad, por el intercambio de tierras celebrado por el Estado con el señor Luis Morice Lara.

“Efectivamente, mi padre estaba en posesión de esa parcela cuando se efectuaron las medidas del intercambio en 1947, pero por un error del ingeniero o del señor Morice, se le pusieron distintos linderos de los que en realidad tenía y por esta razón aparece en el Registro localizada en un lugar muy distinto del verdadero.

“Cuando mi padre murió y fui yo a trabajar en la parcela, el señor Morice me sacó de ella, con un desahucio y con base en los linderos errados del Registro, o sea a una parcela ocupada por mi tío Cleto Obando Rodríguez, lo que no acepté porque no podía meterme en pleitos con él, sabiendo que él ha estado allí siempre. Advierto que en la finca de mi padre trabajé yo más de 10 años antes de que el señor Morice me sacara.

“Ahora los Delegados del Ministerio de Agricultura han hecho nueva medida de las tierras intercambiadas, pero hasta la fecha no me han entregado las cincuenta hectáreas que

fueron de mi padre, y que están debidamente inscritas en el Partido de Guanacaste, tomo 1350, folio 355, número 10.544, asiento 1º, si bien con los linderos equivocados al parecer intencionalmente.

“Yo pido a Ud. Intervenir para que se me entregue esa parcela, que la tiene en su poder el señor Luis Morice Lara, pues me la quitó después del intercambio y de haberle sido pagada por el Estado, pretexto error en los linderos. Le pido muy atentamente dar sus instrucciones a los Delegados de ese Ministerio que conocen el asunto, para que me restituyan en la posesión de dicha parcela, cuyos linderos son:

“Norte, Amadeo Morice Rocha.

Sur, resto de la finca general llamada Sapoa.

Este, río Grande en medio, Lucio Fernández.

Oeste, Víctor Hernandez Ortiz.

“El señor Morice se niega a devolverme dicho terreno y pretende que me acomode en otra parte, sea hacia el lado de Las Salinas, donde están actualmente los señores Ángel y Simplicio Coronado, a quienes –según dicen- les van a quitar parte de su finca actual para acomodar a otras personas, quedando establecido así un pleito con ellos, lo que de ninguna manera me conviene.

“Suplico a Ud., señor Urbina, tomar cartas en este asunto, en forma directa, para que no sigan cometiendo injusticias en perjuicio de las familias pobres, que vivimos trabajando la tierra, a quienes el Estado nos dio un título debidamente inscrito en el Registro, pagado por él, pero del cual no gozamos en el terreno porque se nos quita la tierra bajo pretexto de errores en los linderos, y se nos manda a lugares ocupados por otros, que de ninguna manera nos convienen y que sólo pueden dar lugar a pleitos con sus dueños o poseedores. Si el Estado pagó al señor Morice casi un millón y medio de colones por las 5.000 hectáreas de su finca Sapoa que cedió en el intercambio para nosotros los ocupantes, no es posible que no se nos dé esa tierra, y solo tengamos el papel del Registro que por sí solo no nos sirve más que para pagar Tributación y aparecer como gente que tiene bienes inscritos, sin poseer nada. Pedimos justicia, señor Ministro, y solo Ud. con su capacidad y rectitud reconocidas, es capaz de poner las cosas en su lugar.

“Liberia, 17 de marzo de 1960.

OTILIO LEAL OBANDO”.

Como se ve, primero don Bárbaro maniobró con los linderos para quedarse con la finca del padre de Otilio, que sí está en el Sapoa, y para acomodar a Otilio en la parcela que su tío Cleto Obando tiene en baldíos nacionales y ahora pretende acomodarle en la finca de Simplicio o en la de Ángel Coronado. Y al mismo tiempo también quiere adueñarse de la otra finca del viejo Cleto Obando, la de “Los Pocitos”, acomodándolo con Otilio en la finca de Adán Cabrera. ¡Es un monstruo insaciable!

Esa carta de Otilio al señor Ministro de Agricultura tiene fecha de 17 de marzo de este año. Y con fecha 28 de marzo (es decir, once días después) el campesino Adán Cabrera recibió la siguiente carta:

“Estimado señor:

El señor Luis Morice L. nos ha informado que usted ocupa una parcela en la finca “Sapoa”, que mide 87 Ha. Y que ese terreno va a ser entregado al Estado como terreno parasitado y como parte del área que el señor Morice debe entregar al Estado.

“Al aceptar el Ministro de Agricultura ese terreno ocupado por usted, y considerando que usted no pertenece al grupo de ocupantes que sirvió de base para el intercambio de tierras entre el Estado y Luis Morice L. y que además, usted es parásito de última fecha, debo informarle que ese terreno será aparcelado para meter allí otros dos agricultores que sí tienen escritura y no poseen tierra del Estado; esas dos personas serán probablemente Otilio Leal O. y la señora Leonarda Fernández. El lote será dividido así: para Otilio Leal O. veinte hectáreas y a usted le quedarían 43 hectáreas. Ruégole pues ponerse de acuerdo con el señor Luis Morice L., para que se haga la división correspondiente, para que el Ministerio realice luego los arreglos legales respectivos.

“Sin otro particular, me suscribo de usted atentamente,

“Ing. Alfredo Ruiz S.

Jefe de Departamento de Tierras y Bosques”

De manera que el Ministerio de Agricultura acordó distribuir la finca de Adán Cabrera. Y que esa distribución se haga con intervención de Luis Morice (¡Eso es lo mismo que meter el tigre al corral de los terneros!..) Esta finca, de 87 hectáreas, se la compró Adán Cabrera a su padre, don Segundo Cabrera Venegas, que a su vez se la compró hace diez años a María Aguirre, quien la hizo con su marido y la trabajó por muchos años. Adán Cabrera pagó a Ingeniería Moya-Fernández quinientos cincuenta colones por medida y plano. Y por hacerle eso mismo el ingeniero (¿oficial?) Mario Jiménez Roig le cobró después seiscientos colones, de los cuales adelantó doscientos. ¡Esta es la finca que el Ministerio ha dispuesto distribuir! ¡Y todo por no exigirle a Morice que suelte las 50 hectáreas del padre de Otilio que el Estado le pagó y que él mantiene entre sus uñas!

En esta carta el Ing. Ruiz declara que Otilio Leal es uno de los agricultores “que sí tienen escritura y no poseen tierra del Estado”. Pero la única escritura que tiene Otilio es la que aparece a nombre de su padre y que se refiere a una finca de 50 hectáreas y las únicas 50 hectáreas de tierra que poseyó su padre están en el sitio del Sapo y Luis Morice las mantiene actualmente en su poder. ¿Entonces por qué el Ministerio pretende ahora darle solo 20 hectáreas y meterlo en una finca ajena, en la finca de un campesino tan pobre como el mismo Otilio? Lo lógico, lo justo y lo correcto es que se corrijan los linderos y se le entreguen a Otilio las verdaderas 50 hectáreas de su padre; y que se deje a Adán Cabrera tranquilo con su finca. Se explica, aunque no se justifica, que don Bárbaro haya podido sorprender al actual Ministro con esos enredos que legalizan sus atropellos y despojos. Pero no al Jefe del Departamento de Tierras y Bosques del Ministerio, porque el Sr. Ruiz, si no estoy equivocado, estuvo en el terreno, conoció las parcelas y conversó con los interesados.

Esta carta del señor Ruiz era una contestación indirecta a la que Otilio Leal le enviara al Sr. Ministro de Agricultura. Como la solución acordada por el Ministerio era injusta y como avanzaba ya el tiempo de preparar las siembras, Otilio recurrió a otra carta, que le hicieron en términos más enérgicos esta vez y se la envió al Ministro. Y esta segunda carta sí se la contestó el Sr. Urbina, de inmediato y personalmente. Transcribo la misma:

“Señor

Don Otilio Leal Obando

La Cruz—FRONTERA NORTE

(contestación fechada en San José el 13 de mayo de 1960)

“Muy señor mío:

“Como su carta de fecha 11 del corriente viene en forma absolutamente irrespetuosa y desusada, y contienen conceptos completamente apartados de la verdad en cuanto a mis actuaciones, he girado instrucciones para que no se tramite, hasta en tanto usted no se dirija en términos correctos y comedidos.

“Como la citada comunicación suya contiene cargos que son injuriosos contra empleados de este Ministerio por sus actuaciones como funcionarios, la estoy pasando a la Procuraduría General de la República para que usted justifique allí sus afirmaciones y se sienten las responsabilidades correspondientes.

De usted atento y seguro servidor,

ADRIANO URBINA GUTIERREZ
Ministro”

En resumen: Otilio Leal Obando perdió su madera y sus frijoles, está a punto de perder las 50 hectáreas de su padre y continúa viviendo bajo la amenaza de ser desalojado, junto con su tío Cleto, de la apacible finquita de “Los Pocitos”. Y encima de todo eso –y de los gastos de tiempo y dinero en viajes, escritos, cartas y telegramas- ahora se verá acusado ante los Tribunales de justicia por los cargos que lanzó en su carta contra algunos altos funcionarios del Ministerio de Agricultura. ¡Tras de cuernos, palos!

OTROS CASOS EN EL DISTRITO DE GUAPINOL

En este Guanacaste de inmensos latifundios y en donde los agricultores pobres se ven obligados a trabajar la tierra con herramientas y métodos del tiempo viejo, el campesino trabaja mucho y vive mal aún con una parcela relativamente grande. (¡Caminos, créditos baratos, agrónomos, abonos y máquinas modernas es lo que necesitan los campesinos pobres de Guanacaste para mejorar sus condiciones de vida y para levantar, en provecho de todo el país, el volumen de sus cosechas! ¡Y que se les asegure la tenencia de la tierra!).

En el distrito de Guapinol hay muchas fincas de agricultores pobres, afectadas todas por el famoso “intercambio”. Algunos de estos agricultores dicen no haber tenido hasta el momento dificultades con Morice. Ellos son:

Eusebio Fernández Duarte. – 50 hectáreas en el Sitio del Sapoá, debidamente tituladas a nombre de Francisco Aragón Corea, a quien se las adjudicaron en el intercambio y a quien se las compró luego Fernández Duarte. (No tuve oportunidad de ver el documento de compra-venta).

Frutos Saballos Díaz. – 15 hectáreas tituladas, que compró a Juan Diego Alemán Arias. Y 25 hectáreas tituladas también, que compró a Ramón Cruz y que éste a su vez había comprado a Epifanio Oporto O.

Juan Saballos Díaz. – 40 hectáreas tituladas, que compró a Juan Fernández Fernández. (El trato fue por 22 hectáreas). Y 9 hectáreas más, sin titular todavía, que compró a Leandro Menocal, quien a su vez había comprado a Dámaso Salguero Reyes. (Resultaron ser 35 hectáreas).

Lázaro Saballos Díaz. – Un lote sin titular. Y 24 hectáreas tituladas, que compró a Perfecto Miranda Fajardo.

Francisco Luis Morales. – 66 hectáreas, ya reconocidas y medidas, aunque sin recibir el título todavía, que compró a Casimira o Casimiro Camacho, quien a su vez había comprado a Claro Medina.

Miguel Alguera Ortega. – 35 hectáreas tituladas.

Gerardo Matamoros Balmoceda. – 35 hectáreas tituladas.

Feliciano Ríos Romero. – 22 hectáreas tituladas.

(Tengo la sensación de que a algunos les llegó el título de parcelas que no poseían, o con más tierra de la que en realidad tenían, por lo que se apresuraron a vender. Si no es que se han amañado ventas bajo la batuta y para provecho de Morice. Digo esto por más de uno de los casos arriba especificados; y por muchos otros, como el siguiente. “A **Lendro Menocal** le extendieron un título sobre 100 hectáreas, que luego vendió a Claro Medina. Pero éste solo está en posesión de 20 hectáreas”. Y el tinterillo de Morice, **Álvaro Soto Estrada**, aparece hoy dueño de una gran parcela que compró (¿?) en lotes a ocupantes moriceños.)

Los siguientes son otros casos en que sí ha habido y hay dificultades con Morice Lara:

Vicente Menocal Trigueros – 33 años, mujer y 6 hijos, el mayor de 13 años. Compró hace 10 años su finca “La Fortuna” a Cuperino Duarte, el cual la hizo y la trabajó durante veinte años (Ver documento de compra-venta). 72 hectáreas y 3.892 metros cuadrados, de potreros, café, chagüites, etc. (Ver plano catastrado). Parte del Sitio del Sapoa y parte en baldíos nacionales, todo bien cercado. Es una finca bien trabajada, con casa y agua. Después de las medidas del famoso “intercambio”, le extendieron el título a Vicente, pero sólo sobre 40 hectáreas (Ver título). Le quitaron, de lo que estaba en terrenos del Sapoa, nada menos que treinta y dos hectáreas y pico, casi todas de potrero, que don Bárbaro está aprovechando ahora con su ganado. Vicente Menocal ha gastado inútilmente mucho tiempo y más de mil colones en abogados, viajes, escritos y telegramas. Por orden de don Bárbaro lo han sacado preso desde su rancho, dejando a su familia abandonada. Se queja de la parcialidad del Alcalde, así como de la actitud de los ingenieros y delegados del Ministerio de Agricultura. Casi no sabe leer ni escribir, pero es hombre inteligente, esforzado y muy trabajador.

Francisco Leitón Castillo. – (Nicaragüense, nacionalizado). 60 años, mujer y 8 hijos, casi todos mayores de edad. Tenía 75 hectáreas cercadas y 25 años de trabajarlas. Parte en el Sitio del Sapoa y parte en baldíos nacionales. En el “intercambio” le adjudicaron solo 10 hectáreas. (Ver copia de certificación del Registro). Y entonces Morice le rompió las cercas y le echó adentro el ganado, que le comió los cultivos. Después, con intervención de las autoridades de La Cruz, le quitó 35 hectáreas de potreros, hechos por él, con su sudor, y lo obligó a arrancar la cerca y a hacerla en otro sitio, con un gasto de cuatrocientos colones sin tomar en cuenta la mano de obra. El pobre viejo Leitón ha gastado más de doscientos colones en vueltas e inútiles escritos. Todos dicen que es un hombre tímido, incapaz de levantarle la voz a un niño; que se ha hecho viejo doblado sobre esa tierra, sudando con el hacha, la pala y el machete.

Cuando llegué a su humildísimo rancho tuve que esperar allí largo rato conversando con la mujer, seca y morena, gastada por los años y los hijos. Por fin llegó Leitón, con las herramientas al hombro. El sudor le bajaba en chorrillos por las profundas arrugas de la piel, un áspero pellejo curtido y tostado por el sol. ¿Con qué entusiasmo puede trabajar ahora este viejo a sus años y después de semejante despojo? Costó que dijera algo y costó también que encontrara su único documento: el que le adjudica las miserables diez hectáreas.

Luego llegaron dos muchachos suyos, muy sudados también. Esos, después del saludo entre dientes, no hablaron una palabra más. Creo que me miraban con desconfianza y tenían razón: ¿no resultaron siempre aliados de Morice todos los señores “inteligentes” que por allí han pasado echando medidas, haciendo apuntes y revisando documentos?

Sospecho que las desgracias de Leitón no han terminado todavía. Ya don Bárbaro engordó una vez el ganado con sus cultivos; ya lo hizo correr la cerca y ya le arrebató 35 hectáreas de potrero. Pero no parará allí, porque su hambre de tierra ajena es insaciable. Le seguirá arrancando pedazos de finca, hasta dejársela reducida a las magras diez hectáreas de la estúpida adjudicación que él mismo inspiró.

Lucas Hernández Quintanilla. – 50 hectáreas en el Sitio del Sapo, cercadas, sin titular. Esta finca se la compró Lucas a Candelario Menocal Trigueros, quien la hizo y la trabajó durante 10 años. El documento de compra-venta fue protocolizado el 9 de marzo de 1954 (Ver documento). Café, potrero, chagüite y alguna madera. Y una casa amplia, con piso de madera, sin terminar aún, que el propio Lucas estaba construyendo. Con fecha 18 de diciembre de 1958 recibió Lucas el siguiente telegrama:

“TRAZADO HECHO POR EL ING. JIMÉNEZ ROIG SERÁ DISCUTIDO CON UDS POSTERIORMENTE, LAS LÍNEAS AUXILIARES DE LA MEDIDA TOPOGRÁFICA NO AFECTARÁN SU PROPIEDAD, RUÉGOLE DARNOS COOPERACIÓN TAN IMPORTANTE DESLINDE. ATTE.

ING. ALFREDO RUIZ S.

JEFE DE COORDINACIÓN DE TIERRAS Y BOSQUES”.

Efectivamente, las medidas topográficas no afectaron la propiedad de Lucas Hernández. Es decir, que aunque la midieron, no la incluyeron en el “intercambio”. Por eso no le llegó el título. En consecuencia y con intervención del Alcalde y del Resguardo, don Luis Morice llegó más ligero que corriendo y le ordenó a Lucas quitar las cercas. Discutieron un poco. Entre palabras van y palabras vienen, don Luis habló de comprar la finca, como bondadosa concesión suya y generoso como es, habló también de reponerle el terreno a Lucas... ¡ Con otro pedazo de la finca del pobre viejo Leitón! Rechazó Lucas esas proposiciones. Y entonces quitaron las trancas y le echaron el ganado adentro. También entró don Luis, para acariciar con una larga y codiciosa mirada un solitario pochote de Lucas, que se apresuró a decir: “Con este palo es que pienso terminar la casa”. A lo que replicó don Luis: “No, este pochote no me lo toqués... Vos podés conseguirte otra ‘mata’ por ahí”.

Lucas Hernández, en su impotencia, esa vez tuvo la debilidad de ofrecer correr su cerca, dejándole a don Luis un pedazo de su potrero. Pero don Luis se opuso. ¡Don Bárbaro quiere toda la finca de Lucas!

Felipe Ruiz Castillo. – 55 años, casado, 12 hijos, el menor de 14 años; 10 están con él y 5 nietecitos también. Conversamos en la cocina del rancho, que es comedor y sala al mismo tiempo. En el cuarto, un chiquillo tose desesperadamente y, cada vez que la tos le da un respiro, se queja de dolor de cabeza. Una hija de Felipe se acerca y me pregunta: ¿Qué será bueno señor pa esa tos? Es qu’ es pareja, orita están tosiendo los otros también...

Debe ser duro sostener una familia así, tan numerosa. Por eso Felipe Ruiz tiene la cabeza blanca.

Esta finca está fuera del Sitio del Sapo, en baldíos nacionales. 35 hectáreas, que Felipa ha trabajado durante 29 años. Según documento del Registro, en el “intercambio” le adjudicaron 12 hectáreas en el Sitio del Sapo, que él no solicitó. Posiblemente fue Morice,

con ayuda del ingeniero, el que lo hizo aparecer como parásito del Sapoa. Por supuesto, no le han dado esa tierra, que no le caería mal. Y de esta finca, que es la tierra que realmente tiene y trabaja, no posee documento alguno. ¡Ya sabemos lo que puede hacer don Bárbaro en estos casos!

Gregoria Fernández Ruiz. – 57 años, 7 hijos, dos de ellos también en líos de tierras con Luis Morice. El menor, de 16 años, vive con ella. 50 hectáreas, que ella ha trabajado con sus hijos a lo largo de 17 años. Rancho, potreros y huerta. Esta finca está en La Garita, dentro del Sitio del Sapoa. En el “intercambio”, el Ing. Mario Jiménez Roig la midió y con base en esas medidas la titularon (¿Por qué esta finca aparece inscrita en la Sección de Propiedad del Partido de Alajuela? Ver certificación del Registro). Morice acostumbraba echarle su ganado a los frijoles y milpas de doña Gregoria. Y hoy pretende quitarle un gran pedazo de potreros hechos, de modo que a estas horas doña Gregoria no puede cercar definitivamente, ni sembrar, porque no sabe qué le pertenece y qué no le pertenece.

(Posiblemente doña Gregoria poseía, sin saberlo, más de 50 hectáreas. Pero, de acuerdo con el método moriceño, en el “intercambio” solo le midieron y titularon 50 hectáreas. Y ahora don Bárbaro reclama su jugosa ración de potreros hechos).

Eulalio Menocal Carrillo. – Una verdadera casa, de madera y zinc, muy cómoda. 40 hectáreas bien cercadas y mejor cuidadas. Menocal comenzó a derribar montaña aquí desde hace más de 33 años. Para el “intercambio” le midieron y titularon las 40 hectáreas. Pero esta finca está fuera del Sitio del Sapoa, en baldíos nacionales. Además, mucho me temo, que en el Registro de la Propiedad aparezca inscrita con otros linderos; porque en el título que le entregaron a Menocal se puede observar con mucha claridad cómo borraron y luego corrigieron con tinta diferente, quizá para lograr que los linderos coincidieran con los que esta finca tiene en realidad. (Ver documento y comparar en Registro). Si eso resulta así, ¿en dónde estarán ubicadas y quién estará disfrutando esas otras 40 hectáreas inscritas a nombre de Eulalio Menocal? ¿Y qué le irá a ocurrir a este esforzado viejo con su finca, la verdadera, la de la casona, cuyos potreros y plantíos le deben estar haciendo la boca agua a Luis Morice?

Menocal tiene otra finca, ésta sí en terrenos del Sapoa, comprada a Juan Meléndez Domínguez en agosto de 1952. 60 hectáreas. En la medida del Ing. Mario Jiménez Roig resultaron solo 50. Sin titular todavía.

Perfecto Miranda Fajardo. – 58 años, mujer y 5 hijos. En este caso, según lo que yo he podido llegar a entender, a don Luis Morice se le complicó la jugada. Y se enredó en sus propios mecates. De acuerdo con los documentos y cartas que he leído, el enredo se produjo así:

Miranda Fajardo tenía una parcela de 24 hectáreas en el Sitio del Sapoa, que le fue debidamente adjudicada y titulada en el “intercambio”. Cuando esto ocurría, por algún medio supo que además le habían sido adjudicadas y tituladas nada menos que 100 hectáreas en otro lugar del Sitio del Sapoa y que a su compañera Leonarda Fernández, también la acababan de agraciarse con 20 hectáreas. Dispuesto a trabajar estas 120 hectáreas, Miranda Fajardo le vendió a Lázaro Seballos Díaz su parcela de 24 hectáreas y ya provisto de dinero, sacó en el Registro de la Propiedad las correspondientes certificaciones, estudió los linderos y se fue para sus nuevas tierras con su mujer. Pero cuando llegó allá se encontró con que en ambas parcelas habían acomodado a otras personas. Esas 120 hectáreas le habían sido pagadas a Morice por el Estado, para Perfecto Miranda Fajardo y para Leonarda Fernández, su compañera, según rezaban las respectivas certificaciones del

Registro (Ver estas certificaciones). Y se trataba de tierras del Sapoá. Por eso Miranda Fajardo se metió en otro rincón de ese inmenso latifundio, levantó su rancho y se puso a trabajar. Al poco tiempo ya tenía potrero, arroz, maíz, verduras y almácigo de café.

¿Quién sino Morice, en una de sus clásicas jugadas podía haber tocado las teclas para que titularan las 100 hectáreas a nombre de Perfecto Miranda Fajardo y las otras 20 hectáreas a nombre de Leonarda Fernández? Para lograr eso el Ing. tuvo que engañar al Ministerio y al Registro de la Propiedad, dando situaciones, datos y linderos falsos. Y estos favores sólo Morice los podía tener. Es claro que se trataba de escamotearle estas 120 hectáreas al Estado. Pero Miranda Fajardo, con sus denuncias y reclamos y con sus cartas a distintos funcionarios oficiales, posiblemente le malogró ese escamoteo a Morice. Y encima de eso se había afincado otra vez en el Sitio del Sapoá y ya tenía 5 o 6 hectáreas cercadas. Había que sacarlo de allí, para aprovechar siquiera su potrerrillo y sus cultivos. Y don Luis comenzó a hostigarlo. Trató de ahuyentarlo con el Resguardo, lo acusó de merodeo, por merodeo y hurto, por usurpación y merodeo, etcétera y lo tuvo unas semanas en la cárcel. ¡Cinco años le resistió allí Miranda Fajardo! Al cabo de ellos ya tenía 2 ranchos, 5 manzanas de maíz, 2 manzanas de arroz, 2 manzanas de chagüite, 4.000 palitos de cedro amargo, 2.000 matitas de café y potreros, árboles frutales pequeños, caña, yucas, tiquisques, etc. Hasta que al fin, en 1957, Morice lo pudo desalojar. Un día de tantos don Bárbaro llegó allí en compañía del Resguardo y del Alcalde, y cargó a Miranda Fajardo en su “tráiler”, con la mujer, los 5 cuchillos, 10 chanchos, el pilón del arroz, 2 macanas, una pala, el machete, los trastos de cocina, todos los chuicas y demás chécheres de su pertenencia y los fue a botar a las calles de La Cruz.

Dicen que aprovechó todos los siembros y que gente suya sigue usando los ranchos. Yo pasé por donde estuvo esa finca de Perfecto. Ahora don Bárbaro tiene establecida allí una primitiva lechería.

Si Salomón tuviera que sentenciar en este asunto, condenaría a Luis Morice Lara a entregarle a Perfecto Miranda Fajardo su finca, pero con las 100 hectáreas de tierra moriceña que él le hizo adjudicar primeramente, más costas, daños y perjuicios, bien tasados e incluyendo entre ellos los tres años que Perfecto lleva de correr y reclamar inútilmente en su desesperada demanda de justicia.

Gustavo Morales Acevedo. – 100 hectáreas largas de potrero, tacotal, chagüite, café y montaña, sin titular. También tiene otra finca de 40 hectáreas, igualmente sin titular.

Pedro Joaquín Villavicencio Castro. – 79 hectáreas, medidas, pero sin titular.

Juana Medina. – 66 hectáreas, medidas, pero sin titular.

Pantaleón Medina. – 25 hectáreas, medidas, pero sin titular.

Y cien casos parecidos más que yo no pude conocer de cerca. Insisto en que este enorme y maloliente negocio de tierras debe ser investigado y revisado, para que se le cobre al latifundista Luis Morice Lara sus hazañas ante los tribunales competentes; para que se le haga justicia a tanto campesino pobre atropellado; y para que de verdad sean puestos a producir las tierras de ese famoso Sitio del Sapoá.

OTROS CASOS EN GUANACASTE

De pasada por La Cruz me hablaron allí de estos otros dos casos, que nada tienen que ver con Luis Morice, pero que son muy interesantes también:

Expectación Ordeñana.- De acuerdo con lo que dijo mi informante, Ordeñana se metió a trabajar en tierras baldías, muy cerca de la Hacienda Santa Rosa. Cercó, levantó una casa regular, hizo potreros, crió ganadito, cultivó la tierra. Vendía quesos, arroz, frijoles. Y conservaba alguna maderita, que no quería explotar. Parece que ya tenía papeles.

El dueño de la gran hacienda Santa Rosa resolvió explotar la madera de la parcela de Ordeñana, sosteniendo que pertenecía a la Hacienda. Un día de tantos Ordeñana sorprendió entre su finca a los peones de la Hacienda. “¿Pa ónde van con esas hachas?”, preguntó. “A trabajar esa madera por orden del patrón”. Y él les dijo: “¡Al que toque un palo de’sos le pego un tiro!”. Se devolvieron los peones. Pero regresaron al siguiente día acompañados del Resguardo. Ordeñana oyó el campaneó de las hachas y el retumbante caer de los primeros pochotes. Cogió su rifle “U”, se internó por la orilla de la montaña, y ocultándose detrás de un tronco disparó unos cuantos tiros al aire, para ahuyentar a los peones. Pero el corajudo Jefe ordenó abrir fuego a discreción y los guardas fiscales acosaron y persiguieron a Ordeñana. Se lo llevaron preso. Lo acusaron de haber disparado contra la autoridad. Y después, naturalmente, el señor de la Hacienda sacó la madera. Otras reses pacen hoy en los potreros de Ordeñana. La casa quedó abandonada; cayeron las cercas; se perdieron los cultivos.

La mujer de Ordeñana vive ahora en La Garita, en el rancho de su madre, pasando dificultades con sus tres hijos pequeños. Expectación Ordeñana tiene más de un año ya de estar encerrado en la cárcel de Liberia.

Los Urcuyo y los “parásitos”.- Mi informante hizo un croquis y con él me mostró cómo los Urcuyo –Carlos y Alejandro Urcuyo Barrios- habían enderezado la acerca de su hacienda “Los Inocentes” para dejar encerrado un gran bolsón de tierras baldías en donde los campesinos tenían sus ranchos, sus potreros, sus chagüites, sus pequeños arrozales, caña, yuca, etc. El año pasado y por gestiones de los latifundistas Urcuyo, todos esos campesinos fueron desalojados de allí y encerrados en la cárcel; algunos pudieron salir a los pocos días, bajo fianza, otros, como los Vázquez Fúnez, permanecieron encerrados 5 meses, para salir con fianza también. Los peones de Urcuyo, protegidos por el Resguardo, quemaron todos los ranchos y arrasaron los cultivos, precisamente cuando los arrozales comenzaban a florecer. E inmediatamente los Urcuyo vendieron por una gruesa suma de dinero su hacienda “Los Inocentes”, incluido ese bolsón de tierras baldías que el Resguardo acababa de limpiarles de “parásitos”.

Por casualidad conocí luego a alguno de esos campesinos desalojados. Ellos me dieron los nombres de casi todos los demás: Alejandro Ramón Vázquez Fúnez, Eleuterio Vázquez Fúnez, Leandro Vázquez Morales, Basilisa Medina, Nieves Vázquez, Cruz Saballos, Guillermo Saballos, Valeriano Casanova, Reinaldo Casanova, Luis Martínez Maleaño, Julián Martínez, Timoteo Camacho, Marcos Ramos, Juan Diego Alemán, Romualdo Venegas, Jacobo Fernández Duarte, Claro Medina, Ángel Medina, Román Fernández, Isabel Martínez, David Meléndez, Eugenio Mata, Enrique Vázquez, Juan Casanova y Enrique y Remigio López. Total, 31 campesinos, casi todos cabeza de familia, víctimas de la avaricia de los latifundistas Urcuyo. Y creo que no están todos en la lista.

Las tierras de Santa Cecilia. – Otro amigo me habló de estas tierras. Grandes extensiones de baldíos nacionales, de tierra fértil, con buenas aguas. Tierras de maravilla que se prolongan hasta Upala, Los Chiles, etc. Pero que ya están siendo acaparadas por unos 10 tagarotes. Uno de ellos está vendiendo ya por una fuerte suma de dinero. Allí, con

un poco de ayuda del Estado, podrán vivir y trabajar muchos centenares de campesinos pobres. Así me lo aseguró mi informante.

Compañeros del Comité de Solidaridad Nacional:

Estos son los datos que recogí en el viaje a La Cruz, viaje que el Comité auspició con el fin de saber lo que realmente estaba ocurriendo allí. Deben ser llevados a la prensa y a la radio, para que los conozcan el Gobierno, la Cámara Legislativa y todos los costarricenses. Porque el problema de La Cruz se repite, con ligeras variantes, en muchos otros lugares de Guanacaste y en muchas otras regiones de Costa Rica. Y ahora precisamente están por discutirse en la Cámara Legislativa el proyecto y un contraproyecto de Ley de Tierras y Colonización.

Es cierto que en Costa Rica hay todavía mucha tierra sin cultivar. Pero resulta que casi todas las tierras fértiles y bien ubicadas están en manos de latifundistas retrógrados, tipo Luis Morice, que solo explotan las maderas, cuando más y que niegan esas tierras a las agriculturas en espera de poder especular con ellas. En estos últimos años se ha acelerado el ilegal acaparamiento de grandes extensiones de tierra costarricense, exclusivamente para negociarlas con compañías extranjeras. Y tenemos miles y miles de campesinos pobres sin una mísera parcela. No tienen razón entonces los que afirman que aquí no existe problema agrario serio, que en Costa Rica no se necesita una verdadera Reforma Agraria. ¡Sí existe un serio problema agrario! ¡Sí se necesita una verdadera Reforma Agraria!

-Junio de 1960.

Carlos Luis Fallas
 (✠ 7 de mayo de 1966)
 1965: Premio Nacional de Literatura
 1967(14-11): Es declarado Benemérito de la Patria

Entrevista con Josefina Aguirres, esposa del finado Gil Marcial Tablada, hecha en el Jobo, La Cruz de Guanacaste, diciembre 1972

- ¿Hace cuánto tiempo se había casado usted con...?
- Yo tenía de vivir con él veintidós años. Al ajustar veintidós nos vino un niño. Cuando nosotros empezamos a trabajar, a luchar la vida, comenzó él al machete.
- ¿A trabajar aquí? ¿Pero trabajaba como peón?
- Sí, como peón. De ahí ya compró su taller y todo y ya entonces trabajaba distinto: zapatería y talabartería.

- ¿Y donde quién trabajaba como peón?
- Bueno, él trabajaba como peón en Filadelfia donde Alfilio Pizarro. Estábamos en Filadelfia y después de allá, cuando vinimos, ya él trabajó propio.
- ¿Usted es de La Cruz?
- Sí, yo soy de la Cruz y él también.
- ¿Entonces es que se habían ido para allá?
- Sí, nos habíamos ido para allá, porque él trabaja con el papá y entonces se fue para allá; después ya vino él a trabajar así, propio; ya fue él cuestionando la vida, ya enseguida puso su taller de talabartería, zapatería y la de la curtiembre.
- ¿Cómo les iba económicamente?
- Bueno, muy bien. Nosotros manejábamos buen dinero, pagábamos empleada, lavandera, todo. Todo el servicio de casa, pagábamos y después logramos hacer esta casa, aquella otra y otra en Río Sapoa. Esa yo la vendí ya. Después ya nos metimos, se metió el a defender a mamá de una finca que tenía, que tenía 50 años de vivir en la finca Sapoa. Bueno como Morice la quería a ella así por así.
- ¿Eso fue en qué año?
- Bueno ahora en el 68, creo. Y de ahí vino el caso de la muerte de él; porque decía Morice que le había vendido. Y no, él le compró a Enrique Montiel. Morice le vendió a Enriquez y el finao le compró un lote a Enriquez.
- Pero de quién era el lote...¿de su mamá?
- Era de mi mamá, ella tenía derecho de posesión.
- Eso viene desde el 48, de aquella cuestión de Teodoro Picado.
- Entonces cuando ya él se metió a defender a mamá, porque una anciana era esa vieja, y él era él que la veía.
- ¿Cuánto tenía la señora, de tierra?
- Tenía creo que era ochenta hectáreas.
- ¿Y cuántos años tenía ella?
- Tenía cincuenta años de estar allí. Bueno, después como la señora darle ahí para que él sembrara y manejara sus animales, ¿verdad?, entonces él arregló cercas y todo. Hizo...empastizó todo eso, de ahí exigieron a una hermana mía que le vendiera adonde ella estaba. Dentraron con el Resguardo a comprarle a ella, sin darse cuenta mamá. Vendió casi la mitad de la finca.
- ¿Una hermana de quién?
- Mía.
- ¿A Morice?
- A Morice y a Enrique Montiel. Ya por vendido ese pedazo, ya entonces ya a la señora, la sacaban, esa era la idea. Entonces se paró Gil al frente y tuvo que dar a Morice 20.000.00 colones a la señora. Ya después que entregó esa plata, la entregó don Enrique Montiel, ya se...entonces el finao le compró a Enrique Montiel adonde tienen esa casa.
- ¿Le compró el lugar en donde estaba la casa?
- Sí, donde estaba la casa.
- ¿Pero solamente un lote?
- Sí, solamente un lote, dos manzanas le compramos para hacer la casa, así se vino ya la contrariedad, pero Morice no se daba de enemigo de él, porque todavía antes de asesinarlo, tenía como dos meses, como un mes, que había llevado media docena de albardas. Fiadas se las llevaba.

- ¿Morice?
- Sí, Morice; porque nunca venía con plata a pagarle, sino que...-¿*Me va a dar una albarda?* Entonces yo mandé un peón a cobrarle allí, a Quebrada de Agua, hasta me regañó él. Que por qué le había mandao a cobrar. Ya cuando se metieron esa gente de precaristas, entonces estaba un hermano de él allá, y él iba para allá, para El Jobo, fue onde lo alcanzó el hombre. Morice andaba aquí en La Cruz, porque nosotros paradas ahí lo vimos que bajó. Él cogió esta calle, porque indudablemente tenía que pasar...
- ¿Qué hora era?
- Esto era como a las 6 y media de la mañana. Y lo vimos que bajó él de Quebrada de Agua, cuando él llegó a Quebrada de Agua, que pasaba el finao, entonces él agarró el carro y lo quiso alcanzar, pero se regresó, porque eso se lo dijo él a Simplicio. De ahí lo alcanzó a caballo y le dijo: - *¿Onde va cabo?* - *Voy a pescar*, le dice; entonces él le dijo - *Bueno, nada más eso*. De ahí cuando llegó adonde Simplicio él, le dice Simplicio: - *¿Para dónde va?* - *Voy para allá, al Jobo*, le dice. - *No se vaya*, le dice, *espere lo del Instituto*. - *¿Quiénes son los que van ahí?* - *Va Morice, Mateo Mata, Miguel Flores y José María Martínez*. Le dice: - *No se vaya, cuidao, cabo, este hombre va a hacer una chanchada*. - *No*, le dice, *porque yo no tengo ningún clavo con él*. Así fue, no lo pudo detener Morice, se fue. Simplicio no lo pudo detener. Llegó donde Juan Briceño, que estaba echando una cerca Juan Briceño. Le dice Juan, eso me lo dijo el día del velorio, lo dijo ante toda la gente, me lo dijo, que él le había dicho: - *Mire Gil, no se vaya por Costra, váyase aquí por el pozo*, no sé qué. - *No*, le dice, *allí el camino es muy malo*. - *No*, le dice, *pero no se vaya por Costra*. - *Por qué*, le dice, *por qué voy a tener miedo a irme por Costra*, le dice, *si acaso voy a la cárcel, me va a ver a la cárcel, y si voy al panteón, me va a ver al panteón*, le dijo él. - *Claro que sí, porque somos amigos, pero usted no se viene por ahí*. Ese era el testigo que quería agarrar yo, porque algo sabía Juan Briceño, porque por qué le cuartó que él no pasara por Costra. Y él era peón de Morice, ese Juan Briceño. Entonces fue cuando él se fue y no lo pudieron detener. En la noche que... el miércoles que se llevaron unos precaristas, bueno vino uno a dejar las maletas aquí, de ahí me fui yo a la calle. El andaba en la calle, le digo: - *¡Diay! ¿Qué anda haciendo?* - *Ando viendo que alguno no trajeron*, le digo yo. - *Voy al Resguardo*. Ahí le quiso pegar el cuñao de Morice, ante los guardas le quiso pegar.
- ¿A quién?
- A Gil. Eso me lo dijo él. Dice que le dice: - *¿Qué es lo que le pasa a usted con mi cuñao?* - *¿Cuál cuñao, con Morice?* *No tengo ningún clavo con él*, le dice, *no sé si él tendrá conmigo*. Entonces lo que hizo fue agarrarlo Teodoro Morice y el hijo y lo echaron al carro y se lo trajeron a Héctor. Todavía diciéndole Rafael Ángel, un guarda de aquí de La Cruz, le dijo a Gil: - *¿Por qué no le zampó su pescozón?* - *No*, le dice, *porque cómo le voy a pegar a un borracho, y yo estoy bueno*. Después ahí, a la presencia mía lo llamó al frente, donde Rosa Lan.
- ¿Quién?
- Héctor.
- ¿Héctor qué?
- Héctor Martínez, el cuñao de Morice, que quiso pegarle otra vez. Allí llamó Teodoro a un muchacho que le dicen Felipe Pegón. Lo llamó a lo oscuro, entonces lo jalieron los otros y le dice: - *Cómo te vas a embarcar ahí, ¿no ves que ese hombre*

lleva revólver? Y esa noche que trajeron...el martes, pasó como tres veces Teodoro por aquí, en la tardecita.

- *¿Eso fue cuántos días antes del...?*
- *Ese otro día lo mataron. Fue miércoles. Martes fue este caso, verdad?, miércoles lo mataron a él.*
- *¿Miércoles qué día fue?*
- *El 18 de noviembre.*
- *¿En el 68 fue eso?*
- *Sí, en el 68. no, en el 70 fue, el 18 de noviembre del 70. Este año ajustó un año. Sí, el Teodoro pasó y pasó y yo como que si algo presentía, yo cerré la puerta temprano, porque él nunca salía a la calle, pero ese día tenía que ir él a dar una declaración y salió. Dejó una albarda en el burro y se fue.*
- *¿Iba a ver a la Comisión allá al Jobo?*
- *Sí, salió de cómo a las 10 de la mañana y vino a las 8 de la noche el martes. Y mandé a un tío de él y le digo: - *Vaya tío, le digo, a hablarle a Alfonso, que qué es lo que pasa.* Lo fue a traer, no quiso, después vino y le digo: - *¡Diay, Gil!, me dice, qué se va a venir, me dice. - No, no, le digo. ¡Ah!, pues yo voy a ir, le digo yo, a mí no me gusta que ande en la calle.* Dicen que estando parado él con los de Lico, casi les echa el carro encima a Teodoro. Esa noche le balacearon la casa a Dora Zamora. Le balacearon la casa a doña Dora ¡y hasta un guarda andaba ahí!, que todavía está empleado ese individuo. - *Anda en el carro, dice.* Bueno, ya se vino y le dije yo: - *No vaya al Jobo, no vaya, no vaya. - No, me dice, tengo que ir. Mirá, me dice, vaya usted hoy al banco a depositarme esta plata, para terminar de pagar el carro. - No voy, le dije yo entonces, por ir de vago usted, voy a estar yendo a la calle yo, yo no voy. - Pues no vaya, me dice. Le digo: Entonces si yo fuera, si nosotros fuéramos los que estamos con hambre allá en El Jobo, no es Juan quien va a dejarnos, le digo yo. Entonces me dice él: - No, le digo yo, no es para que se enoje, porque no va a haber pleito con nosotros aquí. No es para que se enoje, le dije, pero es así.* Entonces me dice: - *Voy a darle a Güicho Gonzaga la plata. Se fue.* Dice doña Dora que pasó hablándole al yerno y entonces no...estaba acostado él. - *Está acostado, le dice. - Ah, pues, le dice, de por sí yo a las once regreso.* Y se fue. Que fue esa plata la que se perdió. Aparece creo que solo ₡6.55 o ₡6.65, solo eso aparece y él llevaba ₡4.700 en la bolsa y porque yo se lo di a la presencia de Juan Félix Gutiérrez, le entregué los ₡4.000.00 el martes a las 10 de la mañana allá en el taller, y los ₡700.00 que andaba no eran de él, sino que eran de doña Dora, que como él tenía que ir a Liberia...fue a Liberia y no le hizo el mandado, entonces le dijo: - *Aquí está la plata. - No, le dice doña Dora, ahí téngala y si la necesita la puede ocupar, porque yo no ocupo esa plata hasta el 10 de diciembre.* Así fue que se perdió ₡4.000.00 de nosotros y esos ₡700.00, que tuve que pagárselos a doña Dora. De la plata lo que aparecieron fueron solo ₡6.65 en la bolsa y esta es la hora que no me han entregado todo lo que quedó del finao. Ahí está todavía en el juzgado.*
- *¿Y los ₡6.65?*
- *Y los ₡6.65 sí. Tienen el revólver y tienen todo ahí, el reloj...*
- *¿Y él había tenido algún problema, digamos, era pendenciero o algo así?*
- *No, él nunca, le digo; murió y no le dio ningún pescozón a nadie, ni se lo dieron a él, nuca.*

- ¿Nunca lo detuvieron por borracheras o...?
- No, nunca. Él no tomaba, él no bailaba, él solo...su vicio era el teatro y el cigarro, nada más. Nunca lo detuvieron a él.
- Sí, es lo mismo que nos dijo don Simplicio y esa gente.
- Nunca lo detuvieron a él por maleante, ni nada. Ni peleaba...Muy querido del pueblo fue él.
- ¿Y el crimen este, fue entonces el miércoles en la mañana?
- Sí, el miércoles en la mañana.
- ¿Y qué otras relaciones había tenido con los precaristas, con los precaristas que estaba allá? ¿Él los ayudaba en alguna forma?
- Bueno, él lo que quería era ayudarles a los precaristas en víveres y todo que les mandaba a traer. A él, si le mandaban a pedir la plata que les (...), él les prestaba también. Y el día que llevaron los primeros precaristas, él fue a traerles todos sus chunches en su carro, de allá...
- Bueno, dice usted que con relación ya al incidente, concretamente al incidente que hubo entre Luis y Gil, pues existe la versión, o ellos dicen que Gil le hizo una serie de disparos a Luis.
- Sí.
- ¿Cómo fue la cosa, es decir, hasta dónde usted sabe y cuál es la versión que ellos dicen?
- Bueno, yo ahí tengo una fotocopia, onde los recortes de periódicos...
- Buenas, señor, ¿que tal?
- Pues sí, ellos decían que Gil había hecho un disparo, una balacera con todos, indudablemente que con todos los precaristas, ¿verdad?
- ¿El mismo día?
- El mismo día, sí. Y que él, claro, había estado más lista la bala de Morice para quitarle la vida a él. Y eso lo atestiguaba el mismo Resguardo de aquí de la Cruz. Solamente ellos lo sabían y ahí en la fotocopia sale en todos los recortes de los periódicos. Porque todos esos los tengo, allá están en San José, donde la cuñada mía; el día que los necesitara, que los mandara a traer. Pero tengo la fotocopia adonde firmaba Asdrúbal Ocampo, que él era un izquierdista, que él era un revolucionario que para la guerra de Tinoco, este...él era dirigente de la...esa gente ¿verdad?
- De Tinoco.
- Y eso es el año...
- En el año 18.
- En el año 18 fue, ¿verdad? Gil era dirigente de esa gente, de Tinoco, en el 18, sí en el 18 fue, ¿verdad? Tinoco...y él nació en el 31. ¡Figúrese qué mentira la que querían pegar!
- Asdrúbal Ocampo siempre ha defendido a...
- Asdrúbal Ocampo trató cómo defender a Morice, según las cochinas que puso en el periódico.
- ¿De qué partido es Asdrúbal Ocampo?
- Liberacionista.
- Sí, pero Gil era también partidario de Liberación.
- ¡Él era liberacionista, era dirigente del Partido Liberación y que era nicaragüense y todo! Entonces yo me fui a San José y llevé: cédula, fe de bautismo y carnet de

Liberación y cartas que mandaba, me mandaron a don Pepe. Le probé que no era así.

- ¿Y cómo fue en realidad el incidente?
- Bueno, dicen que llegó él, y le dijo él, ¡ah!, ya estaba él parado, dicen, en una peña, Morice y estaba Miguel Flores, Mateo Mata y José María Martínez. Ahí tenían a Norberto Calderón agarrado, cuando llegó él, le dice: - *¿Para dónde vas?*- *Para la Coyotera*, le dice. - *¿A hacer qué? ¿Con permiso de quién?* dice que le dice Morice. - *Con el permiso del Instituto*, le dice. Entonces vino y le agarró el fiador de la bestia y le voló el primer tiro, pero él se vino al lado de la costilla de la bestia, verdad, al lado de la albarda. Entonces no se lo pegó, sino que se fue al aire el tiro. Cuando él se quiso incorporar otra vez a montarse y a quererse jalar su...el revólver, entonces vino él ¡y ahí fue! Se retiró un poquito y le pegó el balazo. Y cayó y quedó pegado del estribo y todavía lo arrastró el caballo, pero en lo que él estaba, dice el hombre, porque estaba buscando cómo sacarse el revólver de él. Miguel Flores estaba parado así cabiceando, buscando cómo sacarse el revólver él, porque Luis andaba con guardaespalda. Sí, ya ellos sabían que se iban a arrancar más de alguno ahí. Dicen que...a mí me dijo una señora, que un peón había ido a decirle que lo había asaltado, que había pasado Gil y le había dicho: - *Ahí va el primer gallo, quien sabe si vuelva*, había dicho Morice. Y así fue. Entonces fue cuando se montó, dio la vuelta, así dice, Morice lo vio. Dio la vuelta y se montó y se vino dejando a Miguel Flores ahí cuidándolo. En eso iba Juan Félix Gutiérrez, - *¡Idiay! ¿Por qué?*, le dice.- *Por que no podés pasar*, le dice, *porque aquí me dejaron, el Resguardo me dejó cuidando aquí*. - *¿Cuál Resguardo?* le dice. - *El de Peñas Blancas* le dijo Miguel Flores a Juan Félix. Entonces le dice: - *¿Pero qué le hicieron a la gente de aquí?* - *Es que hay un accidente*.- *¿Qué le hicieron al hombre?* - *Yo no sé qué le harían*. - *¿Lo mataron?*, le dice Juan Félix. - *No sé*, le dice, *yo no sé si está vivo o está muerto*, le dice, *pero aquí no pasás*. Pero con el revólver en la mano...un sabanero de Morice. Entonces él le dice, dice Juan Félix que él volvió, lo vio ¡y claro! dice que era Gil que andaba una camisa amarilla y un pantalón caqui...
- ¿Y el otro, Calderón?
- Ese era precarista, se iba para allá y entonces lo detuvo Morice ahí, que lo quería matar a él.
- ¿Él fue que vio todo?
- Ese fue el que vio todo. Y cuando él vio la muerte de Gil, entonces él se montó y salió corriendo. Entonces lo llamó Morice, entonces vino él y le voló un balazo - Morice-; entonces abandonó el caballo de él y se voló a pie, llegó a una casa, dice, a decirles que lo ampararan, que Morice lo iba a matar, pero claro iba todo nervioso el muchacho. Por eso él cuando se encontró con los del ITCO, les dijo: - *Ahí maté un carajo y herí a otro*, les dijo a ellos. Así fue que se dio cuenta Madrigal y llegó y le dijo a Simplicio que quién era el muerto. Simplicio no se daba cuenta todavía, él pensaba que a Calderón le había pegado también, pero no le pegó. Dice Calderón que le chifló la bala por los oídos. Que si hubiera matado a Calderón, tal vez lo habrían echado al mar.
- ¿Y Morice se vino para dónde? Se vino para...
- Se vino para acá, La Cruz. Entonces lo metieron, el alcalde de La Cruz, lo metió a la alcaldía ¡y ahí estaba así de carros cuidándolo, custodiándolo a él, a Morice!.

Entonces el alcalde se fue para allá, me pelió el Resguardo a mi, el guardia me pelió, porque yo pelié también.

- ¿Ya usted sabía?
- Sí, sí, ya cuando me venía, ya me traía a mí. Porque yo fui hasta donde Simplicio, yo pegué carrera con tío y Florita me mandó a hablarme, dice: - *¿Con quién iba Gil?*- *Iba solo*, le dije yo. - *Ahí parece que lo tiraron*, le dice: - *¡Ay Florita*, le dice.- *¡No hombre!*, *tal vez está vivo, vaya a buscar con quién irse*. Me vine en carrera y le dije a...a tío: - *Tío*, le digo, *tiraron a Gil*. - *¡Vámonus!* Corrió, agarró la cutacha y nos fuimos. Bajamos con don Chepe, Chino Vargas, el tío de él y Luis y la señora de Henry Vargas, Juanita Avilés. Esa fue la que me acompañó a mi, única mujer. Bueno, nos fuimos hasta donde Simplicio, ellos no me dejaron pasar para allá, porque dicen que era larguísimo. De ahí me vine con ataques y ataques, ellos me trajeron. Cuando veníamos, que ya cogí el camino que coge para donde don Simplicio y que coge para Florimar, ahí se paró un carro del Resguardo y dicen: - *¡Ah!*, dice, *¿ya viene el cadáver cerca?* - *¿Y por qué pregunta?*, entonces le dije yo a los guardas, *qué pregunta?*, *ahora ya se lo comieron*, les dije entonces yo, *porque ya se pagaron, ya se pagaron los \$50.00 que se metían diario para ir a sacar a los precaristas amarrados*.- *¡Ah!*, me dice, *usted vieja jodida*, me dice. Entonces Juana Luisa agarró el pleito, ahí nosotros les dijimos a los guardas. Entonces todas las mujeres que iban bajando, que iban conmigo y los hombres pasaban a traer el cadáver. Cinco horas estuvo en el sol.
- ¡Mmmm!
- Y él, muy tranquilamente, el miércoles ya venía para...
- Bueno, eso fue miércoles.
- Sí...
- La otra semana.
- Y a los ocho días venía para afuera Morice, ahí entraban y salían, ahí dormían los moricistas de aquí de La Cruz, ahí iban a verlo, ahí dentaban a Liberia, como que hicieron un hotel turístico. Sí, el Resguardo de La Cruz...Bueno, ya casi a toda esa gente, todos los han sacado, todos han salido. Se portaron lo más terrible con uno, y también servir de testigos de ellos, que sí había habido esa balacera y no siendo...
- ¿Y el del ITCO, Lemus?
- ¿Qué dice?
- Bueno, ese andaba ahí, ese fue a...también fue a levantar el caso y después de muerto le pusieron el revólver en la mano izquierda, no siendo izquierdo él. Porque dice Calderón, que él no sacó arma. Yo le pregunté a él, y le preguntó Ureña, y le dijo que sí había sacado arma. - *No*, le dice, *no sé si llevaba arma. Él sí se buscaba atrás*; pero como que caminaba, la caminaba en la cartuchera, prensada con un broche y después metida en la bolsa. Yo siempre se lo decía a él: - *Mire, Gil, camine usted con su revólver preparado*. - *¡Diay!*, *si yo no tengo enemigos*, dice. - *Los enemigos de pronto se hallan*, le decía yo. Pero él jamás, jamás creía que tenía enemistad con él.
- Bueno, ¿y cómo está la cuestión del juicio contra Morice?
- Bueno, quién sabe, a Morice quién sabe quién lo está defendiendo. Quien lo estaba defendiendo, era un Larios y Álvaro Soto. Sí, Álvaro Soto también estaba y este... un señor que está ahí empleado en el...¿cómo es que se llama?...Barahona Streber, sí, esos eran los que estaban defendiendo a Morice.

- Pero me decía Simplicio que y hubo sentencia.
- Sí, ya hubo sentencia, sí...
- Y qué, ¿lo condenaron?
- Sí, lo condenaron.
- ¿A cuánto?
- Dicen que lo condenaron a diez años de prisión, pero apeló y quedó no sé a cuánto.
- ¿Ganó la apelación?
- ¿Qué dice?
- La apelación.
- No, él está en la última, a él ya lo sentenciaron, ¡diay!, si le han comprobado que todo lo que él ha puesto, todo lo que él ha dicho, son mentiras. Y los abogados también, que todo era mentira. ¡Este hombre nunca fue pendenciero, ni nada!
- ¿Y alguien del Partido Liberación Nacional vino aquí, después de la muerte de él?
- Ninguno, ninguno vino, sólo pues así...pero venir así de la...
- ¿Pero mandaron un telegrama, por lo menos, o algo así?
- Tampoco. Nadie se ha presentado. Aquí los que se presentaron fue los de Vanguardia Popular. Fueron los únicos que se presentaron de ahí, ellos no. Porque ni el que está de jefe del Resguardo aquí, que era tan amigo, que cuando el Partido, aquí vivía. Ahí vivía de paso, a ver qué hacíamos, a ver con cuánto cooperábamos y todo. ¡Pero ni al velorio vino! ¿Por qué? Porque se hacían una masa aguada todos ellos.
- ¿Y qué pasó ese día en la noche, aquí en La Cruz? Supongo que estaría la gente un poco alzada.
- Este, ¿incómoda la gente?
- Sí, sí.
- Sí, claro, la gente estaba indignada, todas las amistades de un estaban indignadas por lo que él había hecho; y por eso cuando lo tenían ahí en la alcaldía, a él, a él lo estaban custodiando, porque tenían miedo que se fueran a meter a sacarlo ahí.
- Él mató al hombre, él lo mató y se vino a la alcaldía, a presentarse, ¡claro! después que lo mató. Pero cuando le dieron el parte de que ya lo había matado, ya tenían todo, el Resguardo lo tenía ahí.
- Todo, lo tenía el Resguardo. ¡Todo, todo, lo tenían ya listo!
- Ahí, mire, en Quebrada de Agua, habían hombres con ametralladoras grandes y aquí en la alcaldía por lo consiguiente.
- Y cuando nosotros íbamos bajando...cuando nosotros íbamos bajando, que íbamos a...cuando nos avisaron, nosotros veníamos y salieron el Resguardo, ¡mire! Por la quesera, a encontrarnos, como si nosotros íbamos con arma, o algo para entrar en Quebrada de Agua. Y el alcalde estaba en la propia tienda, con otros ahí, con ametralladoras así, como si fuéramos nosotros unos criminales, grandes criminales... las mismas autoridades.

Miguel Sobrado

“EL CORRIDO DEL GALLO GIL”:

“A morir, a morir guerrillero
que para subir al cielo
hay que morir primero”

“Cuando ganemos la guerra
no vengais compungidos a mi tumba”
(P. Gaspar García).

Diez y ocho de Noviembre
de mil novecientos setenta.
parece que fue un ayer
en nuestra historia cruceña.

El poderoso Luis Morice
era el amo de estas tierras
y ante cualquier carajada suya
había que bajar la cabeza.

Con el Gobierno y la Policía
había robado nuestras tierras
las mismas que con mil sudores
nos sonreían en sus cosechas.

El nos trajo los ingenieros
para medir nuestras parcelas
con el cuento que las inscribían
para que nadie las perdiera.

A los pocos meses se iniciaba
el calvario de nuestras penas
cuando nuestro siembro lo destruía
los ganados de su hacienda.

Cortó cercas, quemó casas
y encarceló pobres a como quisiera
pues el Alcalde y la Policía
almorzaban en su misma mesa.

En valde fueron nuestros gritos,
para nada nuestras protestas,
no nos quedó más que ser sus peones
o jodernos en nuestras miserias.

Traficando el dolor del pueblo,

al igual que ganados y maderas
se hizo el más rico de todos,
como Nerón en la Roma vieja.

Diez y ocho de Noviembre
de mil novecientos setenta.
Don Luis se asoma a su ventana
y un poco le tiemblan las piernas.

El Talabartero Gil Tablada,
a quien le debía unas cuentas,
cabalgaba presuroso
como quien va hacia la guerra.

Don Bárbaro, el latifundista,
pensó en su sucia conciencia:
“Ahí va el primer gallo,
pero quien sabe si vuelva”.

Gil apoyaba a los campesinos
que luchaban por sus tierras,
las mismas que aquel tirano
reclamaba suyas, aunque no lo eran.

Gil dio el primer paso
y alzó su frente ante la fiera;
el cobarde le tiró un balazo
creyendo así ganar la pelea.

Diez y ocho de Noviembre
de mil novecientos setenta;
la sangre de Gil Tablada
fecunda de dignidad nuestra tierra.

Aunque el asesino salió libre
porque la ley al rico no le pesa

aquellas tierras fueron libres también
y hoy la justicia y la paz se besan.

Nació la “Colonia Gil Tablada”
donde el mártir calló sin tregua:
“La tierra no nos cae del cielo,
tenemos que luchar juntos por ella”.

Diez y ocho de Noviembre
de mil novecientos setenta,
hoy no celebramos a un difunto
sino al gallo que cantó dos veces
y en los pobres que luchan, la tercera

(Ronald Vargas, octubre de 1997)

Gil Marcial Tablada Corea

Nacido: 10 de Julio de 1931 (La Cruz)

Bautizado: 14 de mayo de 1932 (La Cruz)

Asesinado: 18 de noviembre de 1970 (La Cruz)

HIMNO AL CANTÓN DE LA CRUZ:

**Soy cruceño, frijolero
aduanero y pescador
y este canto te regalo
al Norte de mi Nación.
Soy cruceña, parcelera,
soy artista, soy canción
y desde Peñas a Bolaños
alzaremos nuestra voz.**

Descendemos del gran cacique chorotega
Nicarao,
que por su valentía y coraje
es recordado.
Sangre nicaragüense
nuestras venas derraman
pero el azul, blanco y rojo
nos hermanan.

Nuestro padre Orosí ha contemplado
muchas guerras,
y aunque no faltaron los héroes,
tampoco las penas.
Pancha Carrasco en Santa Rosa
venció al filibustero
y hoy con su ejemplo muchas mujeres
alzan el vuelo.

Marcelino García Flamenco
fue un gran maestro
y su espíritu nunca vencido
ahora es nuestro.
Gil Tablada y su comitiva
lucharon sin tregua
y en su nombre hoy los campesinos
saben defender su tierra.

Hoy que el turismo se asoma
con sus promesas
no olvidemos a tantos invasores
con sus mil tretas.
Ojalá que las aguas mansas del Sapoá
alegren nuestra vida
y que la bendita Cruz de Nuestro Señor
haga nacer la justicia.

Ronald Vargas Araya
En su trigésimo aniversario: 23-07-1999

